La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 20 de junio de 1892 — Núm. 547

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

La muerte. – Los muertos. – Manuel Silvela. – Su complexión intelectual. – Anatolio de la Forge. – Diferencias entre Silvela y la Forge. – Aticismo francés de aquél y romanticismo español de éste. – La muerte y la religión. – El Pontificado. – Admirable pensar y proceder de León XIII. – Pío IX y León XIII. – Paralelo entre la república cristiana de Savonarola y la política del Papa. – Los grandes hombres. – Exposición hecha en Berlín para honrar el nombre de su excelso rey Federico el Grande. – Un historiador de este monarca nombrado académico en Francia. – Lavisse y Zola. – El Realismo. – Conclusión.

I

Por esa ley de contradicción, reinante sobre todo el universo, nada nos revela la vida como la muerte. Todo cadáver que devolvemos á la madre tierra y arrebatamos á la próvida luz lleva en su frío esqueleto reducida y compendiada una historia, mediante la cual podemos aprender muchísimo, para estímulo á las buenas obras, para escarmiento y dolor de las malas, para instruirnos é industriarnos en aquello que conduce á penetrar dentro de los obscuros misterios componentes de la profunda eternidad, quien todo lo envuelve y todo lo produce y todo lo devora, llena, como un mar inmenso, de muerte y de vida. Imaginémonos un hombre recién advenido por un milagro, en la madurez de su edad y en la plenitud de su entendimiento, á un día de la tierra. Desprovisto de toda experiencia, creería la luz eterna, pensando que, retirado y suspenso un minuto no más tal elemento, habría de suspenderse y de retirarse también la vida. ¿Cuál no sería el terror de semejante hombre á la noche, que con rapidez y en sucesión vertiginosa llega tras los días? ¿Cómo, al ver reemplazada la luz por las tinieblas, creeríase por completo en mundo inferior al que había encontrado? Y sin embargo, con sólo convertir á lo infinito sus ojos, descubriría soles de más luz que el sol extinto, y con sólo aguardar unas veinticuatro horas vería de nuevo renacer y rebrotar el vívido sol de nuestro sistema planetario. Pues lo mismo sucede con la muerte. Aguardemos el nuevo día que allende la tumba luce y nos encontraremos con la inmortalidad; miremos las almas que se han ido y todas habrán de aparecérsenos como estrellas vivificadas y esclarecidas en el éter de lo infinito. Yo tengo tal evidencia de todas estas verdades, que dirijo á los muertos una despedida transitoria y fugaz, como quien se prepara y apercibe á próximo re-



FROUFROU, cuadro de Jorge Clairin, agua fuerte de Koepping, editada por Jorge Petit

encuentro con ellos en mundo mejor. Comprendo inspiren tristezas las bodas por los mortales que va el amor á engendrar; no comprendo inspiren tristeza los entierros, cuando sabemos como la muerte acaba de generar un inmortal. Sin embargo, plañimos á los muertos con lágrimas amargas y voces de desconsuelo, por nosotros que aquí nos quedamos, no por ellos, que van á entrar venturosos, tras el combate de la vida, en su perenne inmortalidad. Muchos despide al abismo ese reloj de arena llamado tiempo, que destila sus granillos poco á poco sobre lo eterno; pero no se ha vaciado todavía, no; que á diario lo llena la fecundidad universal. Acerquémonos, pues, á los muertos que van despidiéndose de nosotros, con la seguridad completa de retornar á verlos y á encontrarlos en las opuestas riberas de nuestra humana vida. Durante este mes último nos han abandonado Manuel Silvela y Anatolio de la Forge. Ministro, embajador, literato, jurisconsulto, académico, gran parlamentario Silvela, perteneciente á una familia ilustre, hase distinguido con sumo lucimiento dondequiera que ha entrado, dejando recuerdos inextinguibles de sus múltiples facultades y muestras inapreciables de su agudo ingenio. Contemporáneo mío, aunque algo mayor que yo en edad, nunca dejó de ser mi amigo, y supo en los encuentros continuos á que nos condena el ministerio de la política y del parlamento con aquellos de quienes más afines solemos imaginarnos, contradecir mis ideas sin ofender mi persona. Silvela, nacido en Francia, tuvo siempre del terrón suyo nativo aquella sal ática del Sena, cuya saludable acerbidad sirve al condimento y conservación de la vida intelectual, necesitada muchas veces del ingenio para desengrasar un poco el exceso de pensamiento y de ciencia. Ligado con los Moratines por amistad atavista de familia, escribió como ellos en correcto castellano muy académico y, como ellos, nunca jamás comprendió las temeridades que en el pensar y las hipérboles que en el decir tuvieron los talentos más españoles de la historia patria: Lucano, Lope, Góngora, Calderón y Zorrilla. Quiero decir con esto que nunca fué romántico. Y así como en literatura pertenecía por atavismo y por inclinación á la escuela clásica, pertenecía en política por la propia complexión de su talento y por la vieja cultura correspondiente con su ser intelectual y moral á los partidos conservadores liberales y parlamentarios. Las facultades críticas predominaban entre todas sus facultades, y para examinar un proyecto político á la par con lógica y con gracia, como para disecar una obra literaria y para contender con sus contrarios en el Foro valía lo que pesaba. De otro temperamento y de otra complexión Anatolio de la Forge. Así como Silvela parecía un francés por la sobriedad en el estilo y por la penetración del ingenio y por la sal finísima del gracejo, parecía la Forge por una caballerosidad á toda prueba y un valor heroico en todo evento y un énfasis de lenguaje hispánico y un radical dogmatismo de pensamiento connaturales á su persona todo un español de capa y espada, romancesco, calderoniano, romántico. Yo lo traté mucho en la redacción del *Siglo de París*, en la Cámara de de aquellos diputados, en las reuniones del partido demócrata, en los ministerios desempeñados por muchos amigos republicanos comunes, que apreciándolo en cuanto valía, le daban puestos de mucha confianza. Todo lo contrario era de Silvela, crítico éste y él dogmatizante, diferenciándose como se diferencia en letras la escuela clásica de la romántica y en política la escuela conservadora de la escuela radical. Manuel Silvela y Anatolio de la Forge fueron muy amigos y han muerto en días muy próximos. Yo los quise y estimé siempre. Así espero en Dios que ambos hayan tenido más allá del sepulcro una felicidad digna de sus elevadas naturalezas y de sus grandes méritos.

II

La muerte tiene mucho de misteriosa, y mucho de religioso el misterio tiene. Siempre que habla uno de religión, vuelve los ojos involuntariamente á Roma, eterno manantial de la nuestra; y siempre que vuelve los ojos á Roma, se encuentra con el Papa, cabeza visible de la Iglesia en que todos hemos nacido y en que todos moriremos. No hay figura tan idolatrada hoy en Europa, como no hay voz tan oída. Con una perseverancia sólo en los genios posible; por una serie de gradaciones tan medidas como los minutos del tiempo y tan sistematizadas como los teoremas del álgebra; contando con la virtud y eficacia del esfuerzo diario y del trabajo perseverantísimo; innovador sin pecar de revolucionario, elocuente con medida, positivo sin daño de la idealidad teológica, verdaderamente razonador en medio de las exaltaciones demandadas por un ministerio tan místico y sobrehumano como el suyo, León XIII ha dicho una verdad que parecía oculta en profundo y triste olvido; á saber: cómo la religión católica lleva dentro del principio de libertad, así como dentro del principio de igualdad contenida en potencia, una democracia evangélica cercana, pero muy cercana de contenerse y encerrarse por incontrastable fuerza lógica en las leyes que rigen á las sociedades modernas. Cuando había dioses privativos de los déspotas, como pasaba en los santuarios asirios; dioses de ciertas gentes, como los dioses etruscos, por ejemplo; dioses de ciertas clases, como los dioses patricios romanos, con herir al déspota y al pueblo y al partido, en que tales dioses quedaban como vinculados, heríais su religión también; pero como el cristianismo parte de un solo Dios y se dirige á la humanidad, para suprimirlo tenéis que suprimir el universo, pues las leyes morales cristianas habrán de regir tanto tiempo el alma como las leyes físicas y mecánicas rigen la materia. He ahí el gran talento de León XIII: ascender á la religión desde la política sin que aparezca nunca el teólogo, y descender desde la religión á la política sin que aparezca nunca el teócrata. Ninguno de los dogmas religiosos quedan omitidos, ni siquiera olvidados; pero todos tienen una real aplicación á la política por su misma permanencia intrínseca y por la movilidad continua del elemento sobre quien ejercen sus acciones. León XIII no puede negar el origen divino de todo poder y autoridad; mas de Dios provienen, así las repúblicas como las monarquías, y sobre las leyes morales divinas habrán unas y otras de fundarse y establecerse. Por consecuencia el concubinato entre el trono y el altar ha concluído por impropio de una Iglesia como la Iglesia cristiana, que busca sobre todo la justicia y cree la justicia compatible con todas las especies de gobierno. Leyendo y releyendo las Encíclicas promulgadas por el Pontífice, tanto sobre la cuestión política en Francia como sobre la cuestión social en Europa, échase de ver la universalidad de sus conocimientos y de sus ideas, pues por un lado parece consumado escolástico en una cátedra de Dogmática, y por otro lado profundo economista en una cátedra de Sociología contemporánea. No he hallado por toda mi larga peregrinación en la historia un hombre comparable á León XIII más que Savonarola. Yo comprendo bien cuánto se diferencian el misticismo, la exaltación casi neurótica, las efusiones líricas, la elocuencia revolucionaria del monje de San Marcos y la mesurada prudencia y la profunda circunspección y la claridad intelectual y la sana lógica y el terso estilo de León XIII; pero se asemejan de seguro en una cualidad muy compleja de Savonarola, ó mejor dicho, en una sobresaliente aptitud: en que tan excepcional monje de la centuria décimaquinta dirigía las muchedumbres y trazaba las constituciones y disponía y organizaba los grandes cuerpos del Estado, sabiendo buscar en el fondo de las sociedades exhaustas recursos y contribuciones al modo de los sabios economistas de nuestro siglo, para luego, como un asceta, como un místico, en el éxtasis, en el arrobamiento, descubrir visiones esmaltadas en los celajes infinitos de lo sobrenatural y de lo eterno. Quizás fué prematura la idea de fundar una república cristiana en los afectos casi paganos del Renacimiento. Quizás por esta grande anticipación á su tiempo marró el sublime fraile dominico. Quizás quiso extraer éste del Evangelio consecuencias políticas y consecuencias sociales que sólo habían de sacarse cuatro siglos más tarde; quizás la síntesis de su pensamiento divirtió fuerzas que obtuvieran resultado mayor de dirigirse á un solo fin, ó bien el religioso, ó bien el político; pero de todas suertes, no siempre cosechan los que siembran, y no siempre comen las frutas aquellos que plantan los árboles. En el reducido espacio de su hermosa Florencia, Savonarola dejó una República gobernada por el verbo de sus labios, puesta en el espacio por la palanca de su idea, dirigida por las dos fuerzas de su caridad y sus pensamientos, bajo leyes morales más que coercitivas, con carácter espiritualista y religioso, cuyos cimientos se asentaban en la Ciudad del Hombre, pero cuyas cumbres se perdían en la Ciudad de Dios. La obra prematura está condenada por necesidad á desaparecer en el tiempo inoportuno en que aparece; pero como el tiempo es eterno, estas obras anticipadas, estas obras proféticas, engendros del presentimiento y de la adivinación, llegan á fructificar en los siglos que parecen de ellas más distantes y menos relacionados con ellas. Ninguna idea progresiva se pierde, ningún esfuerzo moral se frustra, ninguna grande alma surca los espacios de la historia como surca el aerolito las noches del planeta; todo lo grande, todo lo bello, todo lo bueno, todo es fecundo y todo es fecundante. Cuando los hombres libres se sientan aligerados del peso de las antiguas cadenas; cuando las conciencias emancipadas se dirijan á Dios sin la interposición del inquisidor y del verdugo; cuando las familias se acojan á la sombra de instituciones benéficas y los individuos prueben la virtud en ellos mismos de sabias leyes, no sabrán cuántos de estos beneficios deben al pobre monje de la virtud y de la penitencia, ni cuántas de las grandezas reales, que los circundan y los protegen, se regaron con las lágrimas y crecieron bajo las cenizas del redentor olvidado. Estos son los redentores de todas las edades; los redentores cuya estirpe no se ha acabado en la tierra y cuya voz no se ha extinguido en el aire; los redentores que tendrán siempre altar y templos, pues lloran para que los demás rían, padecen para que los demás gocen, combaten para que los demás triunfen, mueren para que los demás vivan. Pues bien: la idea sembrada en el siglo décimoquinto ha fructificado en el siglo décimonono. Pero aparecida bajo la forma revolucionaria en la persona de Pío IX, quien pronto cayó de espaldas en la reacción, asustado de su propia obra y rendido al primer esfuerzo, ha pasado aquélla por un período reaccionario como pasa la semilla echada en tierra el otoño por un período invernal; pero ha fructificado ahora, como una solución definitiva, en la gloriosísima persona de León XIII.

III

León XIII aparecerá en la historia como un grande hombre, amén de aparecer como un grande Papa. Y conforme vamos conociendo por la historia los servicios que á la humanidad prestan los grandes hombres, vámosles también consagrando con mayor y más fervoroso culto. Cualesquiera que sean vuestras ideas sobre la estimación prestable á Federico el Grande por antonomasia, no podéis dudar un minuto de que la Historia Universal ha confirmado el juicio de su tiempo y el calificativo juntado por todos los alemanes á su nombre. Para su conmemoración y loa, los prusianos, que tanto le deben, la grandeza de su patria entre otras muchas cosas, acaban de celebrar una Exposición, en cuyas salas han reunido cuantos objetos le pertenecieron y cuantas reliquias suyas tuvieron á mano. Imposible decir con qué piedad han ido guardando esos recuerdos de la vida que arrojáis descuidados al río de los tiempos y en cuál número se han juntado los retratos expresivos de la fisonomía del grande hombre desde los años más tiernos hasta su avanzadísima vejez. No podéis apreciar estos varones excelsos con el criterio propio á nuestro siglo. Puestos junto á las alturas de nuestros ideales resultan pequeños y aparecen disminuídos. Pero juzgados en sí resultan muy grandes. No puede, no, desconocerse que los reyes filósofos de la postrer centuria se parecen á los reyes santos del siglo décimotercio y á los reyes crueles del siglo décimocuarto. San Luis, San Fernando y todos los santos con corona coetáneos suyos, representan el fulgor último de la política verdaderamente ortodoxa; como Pedro el Cruel, Pedro el del Puñalet, Felipe Augusto y todos los asesinos con corona coetáneos suyos, representan la guerra con el feudalismo; como Fernando V, Luis IX, Enrique VII y todos los maquiavélicos adoradores de la Razón de Estado coetáneos suyos, representan la victoria del poder uno y del principio monárquico sobre las fuerzas feudales. Pues bien: Federico el Grande, Carlos III de España, José II de Austria, Leopoldo de Toscana y otros coetáneos suyos representan la Filosofía moderna en el trono, y son los precursores y los bautistas naturales de las revoluciones. Ese ministerio recibió de la providencia el Gran Federico, y á ese ministerio supo corresponder con fidelidad escrupulosa. Fué grande como todos los cumplidores del fin providencial para que fueron criados. Justo, pues, decir que, celebrando su memoria los alemanes, han cumplido un deber de conciencia, dimanado del amor que todos debemos y que todos guardamos á nuestras respectivas patrias. Por una especial coincidencia, mientras Prusia celebraba el nombre de Federico, Francia ceñía los lauros académicos á uno de sus más excelsos historiadores, al profesor Lavisse. Catedrático éste de los pies á la cabeza, é ilustre catedrático, no se ha dejado abstraer por las teorías y por las generalizaciones puramente científicas; antes bien ha pensado que la ciencia es también la vida, y ha ofrecido el vivificante calor de sus ideas á la juventud para el corazón después de haber esclarecido con luz de ideas sus inteligencias. Lavisse preside una sociedad numerosísima de estudiantes en la Sorbona, los cuales, bajo su dirección y patronato, cultivan un afecto muy exaltado en los franceses tras sus recientes desgracias, el amor así al ideal del progreso como á la común madre patria. Yo he tratado á la junta directiva de tal asociación; yo he asistido á sus fiestas literarias; yo guardo en mi memoria, entre mis recuerdos más santos, las veladas en que, después de ha-

ber partido su pan en la mesa de unos verdaderos ágapes literarios conmigo, han hablado en diálogos dignos de las antiguas Academias del humano derecho, consultándome con una devoción extraordinaria lo más conducente y propio en juicio y sentir mío á la realización de una concordia estrecha entre los pueblos que tienen la misma sangre romana en las venas, el mismo verbo latino en los labios, el mismo espíritu de universalidad en el alma. Lavisse, además de consumado historiador que describe lo pasado, aparécese á mis ojos como profeta político que prepara lo porvenir. Ha procedido perfectamente, según mi juicio, el Instituto de Francia nombrándolo y prefiriendo la compañía de un verdadero sabio como Lavisse á la compañía de un famoso novelador como Zola. Comprendo los revolucionarios en las letras suscitados por la increíble aparición apocalíptica del desmesurado y sublime Víctor Hugo; mas no comprendo que se haya querido establecer un paralelo entre un tan titánico esfuerzo como el de Hugo y los esfuerzos de Zola. Existen una multitud de gentes que se pagan de toda innovación, y que creen deservir al progreso de no servir á la última novedad, ni más ni menos que si las letras fueran modas y los libros figurines á los cuales debiéramos ajustar nuestro gusto regido por el instinto simio de la imitación. He protestado contra Zola y su escuela cuando se hallaban en el cenit. Menos los combato ahora viéndolos declinar á su ocaso. Nunca hubiera hecho tal, respetando todos los pareceres, de no haberse presentado sus adeptos como defensores de las ideas progresivas que procuré prosperar con todas mis fuerzas. No es un progreso literario el realismo, como no es un progreso filosófico el positivismo, como no es un progreso político el socialismo; son retrogradaciones verdaderas en el ascenso de la Humanidad á la realización de los grandes ideales. Pero acabemos ¡oh! Me iba metiendo en harina y es hora ya de cerrar la difusa revista. Me despido hasta otro día próximo. Adiós.

Madrid, 9 de Junio de 1892.



BANQUETE OFRECIDO Á LAS SOCIEDADES CORALES CATALANAS EN EL GRAN SALÓN DE LA LONJA DE PALMA DE MALLORCA
(de fotografía directa de los Sres. Sellarés hermanos, de Palma)

SIN PALO NI PIEDRA

—¿Te acuerdas de la catástrofe de Sogrub?, me preguntaba una noche, viajando por la línea del Mediodía de Francia, mi amigo Fortunato Vera.

—¡Vaya si me acuerdo!, le respondí. ¿Quién puede olvidarla?

—Lo que es yo no, dijo Fortunato; yo no la olvidaré en mi vida. Cinco años han pasado ya y todavía me parece estar oyendo el martillazo colosal del choque y el tremendo estallido de los vagones al meterse unos por otros y levantarse en el aire para quedar deshechos, formando una pirámide de astillas.

Recuerdo perfectamente, como si fuera ahora, el desgarrador clamoreo de los heridos en los momentos que siguieron á la catástrofe, implorando unos la misericordia de Dios y otros el auxilio de los hombres.

Recuerdo al pobre Segundo Rías, á Paco Nansa y á M. Villeneuve que quedaron hechos una tortilla... ¡Ah! Pero á quien especialmente no puedo echar de la memoria es al pobre Jorge Azúa... ¿Sabes por qué?... Porque aquél no debió haber muerto, porque debió haberse hallado á diez leguas del sitio en que ocurrió la desgracia.

«¡Lo que es la mala suerte de las personas!» decían algunos, al enterarse de que Jorge había dejado un tren para coger otro.

EMBARQUE DE LOS CORISTAS CATALANES EN EL VAPOR «BELLVER» EN EL PUERTO DE PALMA DE MALLORCA (de fotografía directa de los Sres. Sellarés hermanos, de Palma)

Pero yo no decía eso. Yo, que conocía los antecedentes del caso, lo que decía era: «¡Qué terrible es la justicia de Dios! ¡Cuán funesta es la ceguedad de los hombres que se empeñan en apartarse de Dios y quebrantan su ley santa!»

Para que comprendas si tenía yo razón al pensar así, para que te convenzas de lo fundado de mis reflexiones y adores como yo los severos juicios del Altísimo, te voy á contar toda la historia.

Verás el dedo de Dios dirigiendo al hombre por el camino de la vida. Verás al hombre rebelándose contra Dios y corriendo derecho á la muerte, y verás otra vez la mano de Dios dando libertad á las fuerzas de la naturaleza para que destruyan al hombre rebelde y descaminado.

Suele decirse que «Dios no es viejo,» y es verdad. Dios no envejece nunca, nunca. El mismo es ahora que cuando apartó las aguas del mar Rojo para que pasara á pie enjuto su pueblo escogido y las dejó juntarse después para ahogar al injusto perseguidor Faraón con todo su ejército. El mismo que alborotó las olas del Mediterráneo para hacer naufragar á Jonás cuando huía en dirección contraria del mandato divino por no ir á predicar la destrucción de Nínive...

El pobre Jorge era un muchacho muy guapo, no sé si le conocías, alto, rubio, de finos modales... No tenía mucha inteligencia ni mucha instrucción; pero tenía un barniz de cultura general que hacía su conversación muy agradable.

Digo, siempre que no se tratara de asuntos religiosos; pues en éstos desbarraba lastimosamente.

Su madre, que era muy rica, le había enviado á Alemania á perfeccionar su educación, y volvió de allá con todas las condiciones más á propósito para hacer buen papel en el mundo; pero trajo muy amortiguada la fe, al par que muy vivas y muy desordenadas las pasiones. Tenía que ser su víctima.

Le predicaba su madre continuamente para que temiera á Dios y fuera hombre de bien, pero él no la hacía caso.

Le amonestaba para que se apartase de malas compañías, y él siempre andaba con los más malos de la ciudad, con los más perdidos.

Trataba con sus buenos consejos de hacerle aborrecer los vicios, y él cada día se encenagaba más en ellos.

Un año antes del suceso terrible que le costó la vida, había estado ya á punto de perderla. Se hallaba en una mina cuando se desprendió una masa enorme de tierra que aplastó á los tres operarios que estaban á su lado, dejándole á él completamente ileso. Su madre, cuando se enteró del caso por la relación que él mismo la hizo, puso grande empeño en hacerle comprender que aquello era un aviso del cielo, y que era preciso que reformara sus costumbres y empezara á vivir como cristiano. Todo fué inútil.

– Mira, hijo mío, le dijo todavía su madre el día antes de que emprendiera el viaje del que no había de volver, si vas á salir mañana para Sairutsa, vete primero á confesar, por lo que pueda ocurrir... Yo iré contigo. Vamos muy de mañana, nos confesamos, comulgamos, oímos misa, venimos, tomamos chocolate, haces la maleta, yo te ayudo, después á las once almorzamos y á las once y media marchas... Verás qué bien...

Pero Jorge amañó unas cuantas disculpas, pretextó muchas ocupaciones para la mañana siguiente y no quiso poner en práctica el plan cariñosamente detallado por su madre.

Salió de Obliba á las once y media de la mañana en el tren mixto para llegar á las seis de la tarde á coger el expreso en la estación de Adnarim.

El tren mixto llegó á su hora: pocos minutos después llegó el expreso en el que Jorge debía continuar su viaje; pero en vez de montar en él se quedó en tierra, y esperó á montar en otro expreso suplementario que pasó dos horas más tarde, y fué el que sufrió el choque más horroroso de que hay memoria.

¿Que por qué no marchó en el primero?...

Verás por qué, verás...

Como el día estaba muy hermoso, Jorge había hecho casi toda la primera parte de su viaje asomado á la ventanilla de su departamento de primera.

Desde allí vió cómo, al llegar el tren á la estación de Añudro, se bajaba de uno de los vagones de tercera clase una mujer vestida sin lujo, pero con cierta elegancia, y se volvía á subir al mismo vagón después de haber bebido en el andén un vaso de agua con azucarillo.

Jorge se fijó en ella y no la quitó los ojos desde que saltó en tierra hasta que volvió á entrar en el coche.

Era una mujer de regular estatura, más bien alta que baja, de pelo castaño y ojos muy vivos, con la nariz un poco regazada y las mejillas un si es no es demasiado llenas, pero que en conjunto resultaba hermosa, porque, aparte de no andar del todo mal de facciones, tenía esa hermosura seductora que los franceses llaman la *beauté du diable*, y que nosotros no llamamos así ni de otro modo, pero la reconocemos cuando decimos que «no hay dieciocho años feos;» aforismo expresivo y perfectamente aplicable á la linda viajera, pues si no estaba precisamente en los dieciocho, no pasaría mucho de veinte.

Vestía un sencillo traje de percal de color de hoja seca, con lunas blancas, y llevaba al cuello una toquilla azul celeste, sobre la que caía una finísima cadena de oro con dos ó tres medallas muy pequeñas. A la cintura llevaba un sencillo ceñidor de cuero y en todo su atavío resplandecía el buen gusto. Era costurera, aprendiz de modista, y con las de este gremio no suele rezar el refrán que dice: «En casa del herrero, cuchillo de palo.»

En cuanto Jorge la vió en el andén, discurrió como discurren todos los libertinos: «Es guapa... Me gusta mucho... ¿por qué no ha de ser para mí?...»

Dando vueltas á su mal pensamiento, llegó á la estación de Adnarim, y antes de que el tren acabara de parar, se apeó y se fué hacia el coche de tercera en que venía la modista. Llegó cuando ella se disponía á bajarse, la cogió con una mano la cestita de mimbres negros donde traía la vianda, y la dió la otra para que se apoyara al saltar al andén, al mismo tiempo que, notando su extrañeza y queriendo disipársela, la decía con serenidad imperturbable:

– ¿No me conoce usted?...

– No tengo ese gusto, le contestaba ella con tono de duda y como tratando de hacer memoria; por lo menos no recuerdo...

– Pues yo la conozco á usted mucho, decía él con aire de seguridad para desconcertarla.

– Es posible, replicaba ella tímidamente, me habrá visto usted en Obliba...

– Muchísimas veces. Usted se llama...

– Rosa Urdaniz, para servir á usted.

– ¡Es claro! Rosa... Yo la he conocido á usted en casa de mi tía...

– ¿La condesa de Ipiña?...

– ¡Justo... La condesa de Ipiña, hermana de mi madre...

– Allí he ido yo muchas veces á probar trajes á la señorita... que será hermana de usted...

– Sí, mi hermana... ¡Parece mentira que no se acuerde usted de verme allí!...

– Ahora parece que recuerdo algo...

– No puede menos...

Y ni Jorge era sobrino de la condesa de Ipiña ni en su vida había visto á Rosa en ninguna parte. Pero se valió de ese ardid para entrar en conversación con ella y siguió preguntándola:

– ¿Adónde va usted?

– A Valdeolivos.

– Pues podemos ir juntos hasta la estación de Ñobas, donde yo tengo que tomar el tren de Sairutsa.. Dentro de un rato vendrá el expreso, montaremos en él y continuaremos nuestro viaje... Siempre iremos mejor juntos que solos... Por lo menos yo, entre ir solo ó ir en compañía de una muchacha bonita...

– Muchas gracias... Pero sabe usted que yo no puedo ir en el expreso porque traigo billete de tercera clase, y el expreso creo que no lleva más que primera... Según me han dicho, tengo que esperar aquí á que pare otro tren mixto á las once de la noche...

– Bueno; ya trataremos de eso... Por de pronto vamos á comer y...

– Muchas gracias: yo ya he comido... Traía merienda en la cesta...

– Eso no es comida formal... Pero, de todos modos, tomará usted café.

Rosa se resistió un poco á entrar en la fonda, pero entró al cabo y ocupó la silla que Jorge la puso al lado de la suya.

Una vez sentada á la mesa, ya le fué fácil al galán convencerla de que, habiendo comido fiambre, no la vendría mal un poco de caldo, y la hizo tomar sopa. Después, un plato porque era muy bueno, otro porque de aquél no había comido ella en el camino... el resultado fué que comió de todo.

Cuando concluían de comer, y fueron los últimos, porque Jorge perdió mucho tiempo hablando con Rosa, entró en el comedor un empleado de la estación á decir que sólo faltaban para la salida del tren cinco minutos.

Rosa se levantó de la silla diciendo á Jorge:

– Usted tiene prisa.

Jorge hizo ademán de levantarse, vaciló un instante, y luego se volvió á sentar diciendo:

– No... Me ha ocurrido otra idea: verá usted...

Y llamando á un camarero, le dijo:

– En el coche de primera número 27, departamento central, hay una maleta de lona de color de pasa y una manta de listas encarnadas y negras liada en unas correas: hágame usted el favor de traerlo aquí, y después nos trae usted dos cafés y dos copas de *chartreusse* verde... Me quedo para el tren siguiente – añadió dirigiéndose á Rosa, – á ver si así podemos ir juntos.

La pasión había vencido á la razón en el ánimo de Jorge, sin luchar apenas.

Dos horas después llegaba á la estación de Adnarim el expreso suplementario, en el cual iba yo, ¿sabes?...

Por cierto que allí, huyendo de dos recién casados muy empalagosos que se hacían mimos, cambié de coche, y, sin duda por inspiración del ángel de mi guarda, me metí en el que estaba pegado al furgón de cola. A eso debo la vida.

En tanto el pobre Jorge... ¡Cómo me acuerdo de verle paseándose por el andén con la costurera, luciendo ella su trajecito verdoso con lunares blancos, y él un terno de lanilla de color de café con leche, surcado de listas negras casi imperceptibles!... El pobre Jorge, que debió haberse ido en el primer expreso, después de dar unos cuantos paseos por el andén, se dirigió á uno de los coches más próximos á la máquina, abrió un departamento desocupado, hizo subir á Rosa (por quien había abonado ya la diferencia de tercera á primera), y subiendo él detrás, cerró la portezuela con aire de triunfo...

¡Qué poco se figuraba él que estaba á dos dedos de la muerte!

El tren se puso en marcha.

A las dos horas llegaba á Sogrub, de donde cinco minutos más tarde le daban salida, sin recordar que de la estación inmediata había salido hacía un cuarto de hora en dirección contraria un tren mixto.

El choque fué terrible.

No siendo los tres últimos vagones, en uno de los cuales iba yo, todos se deshicieron.

Los pocos viajeros que salimos incólumes acudimos inmediatamente en auxilio de los que le reclamaban; y recuerdo que, entre los múltiples lamentos de los lesionados, se distinguía la voz de una mujer que pedía confesión á gritos.

Era Rosa, que estaba sepultada bajo un montón informe de ruedas, almohadones y tablas de coches destrozados. La sacamos y vimos que tenía los dos brazos rotos, uno de ellos por dos partes.

Jorge estaba muerto.

Dios castiga sin palo ni piedra.

Antonio de Valbuena

ISIDORO EL CORDONERO

(por mal nombre, «voz de cántaro»)

I

Doce ó catorce años cuenta ya, y apenas si sabe *la Jesús*. Aquellas *A*, *a*; las grandes, meditabundas, despatarradas y semejantes á burros de aserrador vistos de frente, y las pequeñas, con su cuello de pato y su pancita inflada; las *B*, *b*, las del corderito, como les decía su madre, cuando se empeñaba en metérselas á él en la cabeza y en que las pronunciase imitando al animalito sagrado de la Pascua; los ganchos de las *l*, *l*; los quevedillos de las *g*, *g*, asemejadas á los adornos que él hacía con cordones de estambre, como aprendiz de pasamanero que era, y todo aquello de las tres patitas de la *m*, del ojito á veces tuerto de la *e*; la horca de la *F* que, al igual de su padre, le amenazaba con colgarle, si con el estudio no se le ablandaba el occipucio; las dos vigas de la *H* unidas por el centro, que, de no valer nada, ignoraba él para qué querían introducírselas por los ojos, á no ser que fuese para que allá, dentro de la sesera, sirviesen de puntales, y así no se vendrían abajo todas aquellas cosazas y *barbaridades de cencia* que de cierto dirían los librotes que su señor padre le quería mercar, como si ello tuviese que ver nada con torcer un cordón y dejarlo bien lindo con su borlita más mona que el mundo; y en fin, toda aquella solfa de la cartilla era una gaita para él.

¡Vaya unos garabatos de letras! Sobre todo la *X* con sus palitroques en cruz, la letra que hacen los chicos cuando juegan *al hinque*, se le atravesaba en el gaznate y no salía. – ¡Burro, *prenuncia c s* y verás cómo sale! – ¡Sí; diga usted dos letras á un tiempo, no estando alguna con otra de esas en que se abre toda la boca! Porque abrir la boca es bien fácil, y más si por delante se presenta un corrusco bien rico ó una buena tajada. Pero ¡cualquier cristiano que no sea *franchútele*, sino de la *mesma* Cartagena, dice *c s!*

Pues ¿y la *Y* griega, que se había empeñado en cogerle la lengua con el horquillo y en pegársela por



1. VIUDA, cuadro de D. Juan Llimona. – 2. VUELTA DEL MERCADO, cuadro de D. Joaquín Pallarés. – 3. NO HAY DE QUÉ, cuadro de D. Germán Gómez.
4. EN LA PLAYA, cuadro de D. Joaquín Pallarés. – 5. LA PASTORCITA, cuadro de D. Alejandro de Riquer.

los lados á las muelas? Conseguíalo á veces; pero en cuanto se presentaba la *ll* y quería hacer subir á *la sin hueso* hasta el cielo de la boca, ensartaba la *Y* con su bieldo los ganchos y lazadas de la entremetida, deshacíalos, y ¿quién decía entonces *calle* ni *caballo*, sino *cabayo* y *caye*? ¡Bah! ¿Y qué mas daba?

¿Y aquel demontre de la *Z* que no se podía *prenunciar* sin poner los morros *mu* feos? Cuánto mejor era decirlo todo con la *s* en cuanto viniera la *z* á ponernos gordos los hocicos?

En fin, lo dicho: aquello era una gaita.

II

¡Y mire usted que emperrarse su padre en que él no fuera cómico, pero también en que tenía que ayudarle á estudiar los papeles sirviéndole de apuntador en casa! *Pos* aquello era más negro que el abecedario, porque el copista de la compañía sería bueno para beber copas, pero hacía unas letras como rabos de pasas y patas de mosquito. ¿Quién *reconcho* entendería aquello?

Y aún, aún; ¡si le permitiesen entrar en el escenario, ó siquiera ver las funciones en el agujero del apuntador, ó los *ahuecadores* le dejasen en la *cazuela*, dándoles á escondidas dos cuartos! Con un ochavo más habíalos puesto una vez en la ventanilla, sacando por encima de mucha gente la cabeza y ganando la pared á codazo limpio para pagar la media entrada; pero, á pesar de aquel barullo, pronto le reconoció el que recibía las tarjas, y... *Oye tú, paja-larga, voz de cántaro,* le dijo, *¿conque siendo un hombre como un trinquete quieres entrar por cinco ochavos? ¡Anda, anda, y teje sedas y haz borlas y aprende la cartilla, so zanganote, y no asomes el melón por aquí; que ya sabes lo que me tiene dicho tu padre!*

Lo de menos era pagar entrada de hombre, porque ya le sacaría los cuartos á su buena madre ó á los chicos que jugaban con él á representar la *trigedia;* y haríales en cambio una borlita para el traje de moro y el de torero, y les enseñaría cómo habían de mover la mano derecha y poner la zurda en la espada de palo y lanzar el verso para que se oyera bien de gana.

Es claro que, aun así, tendría que hacerse el giboso ó el cojitranco y chafarrinarse las narices, meterse bien la gorra y torcer el morro, ó aprovechando su aventajada estatura y su gentil presencia, pintarse un buen bigote con corcho, embozarse en la capa de grana con que su padre representaba capitanes y reyes, y adelantando dentro del embozo el codo derecho delante de la cara, y estirando bien la zurda por las espaldas, fingiendo el estoque, tendría que colarse de rondón sonando los tacones y meneando la cabeza para que la pluma del sombrero llevara buen aire; todo esto para que no le reconociese el cobrador, porque así que olieran que él era el hijo de su padre, ¡valiente tunda le esperaba en llegando á casa!

III

¡Su padre! ¡Bueno estaba su padre! Más le valía desempeñar mejor los papeles y hablar en escena menos gordo, y no llevar el compás de los versos con manoteos y desplantes, y no reventar con los golpazos de las palabras que caían bien y al final sonaban lo mismo, y no contar al público cosas que no importaban sino á los del escenario, donde tenía que ser todo como si pasara de veras; porque si parecía *de borlitas*, ¡valientes zánganos eran los que inventaban y representaban todo aquello! Más le valía hablar en las tablas y moverse y vestirse como hablan y se mueven y visten los hombres en el mundo; y entonces sí que su señor padre sería buen cómico, y ganaría lo menos una pelucona todos los meses, y no tendría él, Isidoro, que estar meneando las tabas para hacer cordones, que algunos eran más largos que un papel de primer galán; y ya le tenía frito *¡recóncholis!* tanto torcer por este lado y vuelta á torcer por el otro, y envuelva usted la bellotita de la borla, y hágale usted el fleco que no se deshile, y figure usted aquí unos anteojos y ondas y festones y grecas... y allá un demontre que se lleve el oficio; y después de tanto *dale que dale* ¡coma usted sopazas y bazofia... y no entre usted á ver la *trigedia!* ¡Recóncholis! ¡Maldito sea el!...

IV

Por supuesto, que ya se había colado dentro varias veces, ambulando como demandadero sillas para los palcos, ¡y bien que le gustaba aquello! Y eso que los comediantes que trabajaban con padre debían de ser unos grandísimos bestias, porque, hicieran el papel que hiciesen, no salían de la misma tonada, y en cuanto á vestirse... ¡ya estaban frescos! ¡Bárbaros!

Pero ¡por Dios y por la Virgen!, ¿por qué había de sacar siempre el *barba* aquel vozarrón, y había de mirar torcido el que representaba los traidores y hablar como si hablase el aguardiente, y el *galán* había de darse á cada verso golpazos en el estómago, y salir la primera *dama* siempre de paletina y de tontillo, lloriqueando todos los papeles, aunque todavía no le hubiesen dado el disgusto de decirle que su padre era su hermano y el hijo de su marido y de su abuela; y por qué la *dama joven*, con raso de percal y galones de caja de muerto, sacaba siemlos ojos de pimiento molido y el pañuelo en la boca y el hipo en el verso; y por qué el gracioso equivocaba el oficio, ya que en vez de estar de comediante estaría mejor de payaso y de *morcillero?*

Y luego... ¡buen modo de hacer creer al público que aquello no era cosa *de borlitas* y de comedias, sino *de verdad!*

El cómico que acababa de decir algo (con su música, por supuesto), quedábase mirando á las bambalinas ó á la *cazuela*, por si de las unas descendía el *maná* en forma de hogaza y por si la otra, la cazuela, dejaba un día de admitir mujeres y se llenaba de garbanzos; y así, papando moscas, no escuchaba á su compañero; y el gran alcornoque *iba cogía* y contestábale después: ¿y cómo podía contestar acorde, vamos á ver? Otros entraban por el foro sin decir jota, venían á pararse delante de la concha... ¡y á decir lo suyo!, ¡qué *decir!*, á entonar y á monotear lo que les tocaba. En cuanto aparecía la dama colocábanla en medio; y como empezaran á venir personajes, hacían todos una media luna; y ¡cuidadito con ponerse de costado ni con volver la espalda al público ni dividirse en grupos, aquí dos y allí tres; y mucho ojo con andar y contarse las cosas como Dios manda y como hacen los hombres en la calle ó en visita ó en su habitación!

¡Pues mire usted que eso de que aquel tal Julio César, que había sido general ó rey ó una cosa muy gorda, saliese con peluca blanca peinada *á la rinoceronte*, corona de malvas y papel dorado, sombrero de tres candiles, medias *á la virulé*, y espadín de concha y zapatos con hebillas de hoja de lata! ¿Para qué servían entonces las estampas que en un libro viejo tenía padre en el cofre de las comedias, y que representaban reyes antiguos, de allá de no sé dónde, antes de que Cristo hiciera el mundo? Pues una de ellas era el retrato de aquel Sr. D. Julio (padre se lo dijo), y ni tenía peluca ni espadín, sino una gran corona de laurel en las sienes, la cabeza calva, manto de pliegues flojos y anchos, recogidos al hombro y el brazo desnudo. ¡Aquello, aquello sí que era cosa como de *emperaor!* Saliendo á las tablas disfrazado de petimetre, ¿qué de extraño tenía que uno le diese de puñaladas? Ni sabía él, Isidoro, por qué los cómicos llamaban *Bruto* al asesino, aun antes de sacar el *pincho.* ¿Qué había de ser bruto? Lo mismo haría el hijo de su madre con todos aquellos estúpidos de comediantes y con el bestia del autor, que no les enseñaba á hacer las cosas como era debido.

V

¡Qué bueno sería tener dentro de la mollera mucho,

LA MUERTE DE UN SANTO, cuadro de D. Fernando Cabrera
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

mucho, mucho talento, y poder inventar él mismo las funciones, para que se acabaran de una vez todas aquellas burradas que escribía Calvo el sastre, *vergüenza de las tablas y de la aguja de coser*, que ni sabía dar pespuntes ni hilvanar mangas ni hacer versos! – ¡Animal! – Por supuesto que no le iban en zaga Laviano, Zavala, Valladares, D. Vicente Rodríguez y qué sé yo cuántos copleros más de los que padre (que si no era buen cómico, tenía siquiera un candil en el seso) solía decir, cuando estudiaba sus comedias, que debían estar en la *dula* ó en el dornajo, comiendo, como quien dice, su buen pienso y no el pan de Dios, que no se amasa para burros... ni tampoco *¡recóncholis!* para los cordoneros ni tejedores que con catorce añazos en las espaldas no saben el *Catón!* – ¿Y qué me dice usted de aquel hambrón de Comella, que como si el olmo diese peros, pretendía el gran alcornoque (también lo dice padre) tener más fama y *cencia* que aquel cura, muerto ya hacía un siglo, que había dicho que *la vida es un sueño*, componiendo con esta cosa tan gorda, que es verdad y parece mentira, una gran comedia que era lo que había que ver? Leíala padre alguna vez en casa, pegando muchas voces, y luego la escondía diciendo que aquello no se podía representar, y que andaba en el índice *purgatorio*, sin duda porque no había cómico en el orbe que se metiese en la cabeza aquel príncipe Segismundo que tan compuesto de fiera y hombre, como todos *semos*, había salido de la frentaza de aquel curita. *¡Recóncholis* de cura! ¡Vaya un talentazo!

Pero no pedía Isidorito tal gollería, y bien se contentara con tener el que Dios había concedido, de balde, á un chico madrileño que ganaba la *manducatoria* haciendo sortijas y zarcillos y sacando rayos de sol á las piedras finas (¡si tendría talento, ¿eh?), y que luego para descansar había compuesto unas coplas á Granada que ganaron medalla no sé dónde. Leandro Fernández le decían, y apenas contaba cinco ó seis años más que él: ¡qué buen mozo y qué guapo debía ser el joyerito!

– ¡Qué gustazo llegar á conocerle para que le compusiera una comedia que pareciese cosa de verdad, hacerse cómico de un golpe y dirigir á una docena de chicos aficionados, como aquel Ponce y aquel Prieto, sus compañeros, que no tenían nada de burros, y otros así, que no supiesen nada de lo que hacían en el tablado los comediantes, y conseguir que lo hicieran todo como Dios manda, ¡vamos! como si fuese cierto, igual que de verdad!



CARLOS DICKENS Y «LITTLE NELL,» grupo en bronce de Edwin Elwell

¿Por qué no había de ser él cómico y no pasamanero, así rabiara padre lo que quisiera y el cobrador de la ventanilla le llamase *voz de cántaro roto* y *paja larga*?

VI

Pero para ello era preciso saber leer, *¡recontracóncholis!*, y leer bien en el papel de la comedia, en los ojos de los hombres que quieren á su novia ó á su mujer y son celosos, en el pensamiento de los que tienen mucho orgullo y mucha *fantasía* y después agachan el pescuezo, en la cara de los que están flacuchos porque se los va chupando la envidia, en el corazón de los que se pelean con el mundo entero por su madrecita del alma y por esas cosas tan grandes que, según decían los que saben, se llaman *la patria*, *la libertad* y *la religión;* era preciso leer bien en las manos del zapatero, llenas de pez; en el pecho del *melitar*, lleno de heridas y de cruces; en fin, leer en todas partes hasta meterse en el cogote los rabos de pasas del copista de la compañía; y allá hiciese cordones y borlitas el que no sirviera para otra cosa que para que le diesen en *el franés* ó en *el pajarero* con ellos!

Nada, nada, *¡recontra!:* á introducirse la cartilla en el cuerpo; que bien se lo estaba suplicando á Dios la *Y* griega con los brazos al cielo, y bien que le amenazaban la *X* crucificarle como á San Andrés y la *Z* con darle un puntapié y un puñetazo.

VII

¡Cinco años hace de esto! Llevóse al fin el diablo borlas y cordones. Comedia que cayó en su poder grabóse indeleblemente en su prodigiosa memoria. Aún se le enredan en la lengua las letras rebeldes, pero ellas han de salir claras y limpias ó ver para qué están puestas en la cartilla; y convenci-

APROVECHANDO EL TIEMPO, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés), de fotografía de D. Juan Martí

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA... cuadro de Dessar, grabado por Baude

EL MINUÉ, cuadro de L. Schmutzler

do al cabo el viejo, apadrina su vocación, ensáyale el papel, y esta noche... ¡á soñar con una cosa muy grande que le da escalofríos y que hace latir sus sienes y su corazón! ¡Y mañana á las tablas, á las tablas por fin! ¡Y ya verán quellos animales cómo deben hacerse las comedias!

¡Ay, pobre tejedor, qué desencanto! Sale al público, tiembla de miedo, se le traba la lengua, siente un nudo en la garganta, no sabe dónde tiene los brazos, quédase clavado en un sitio, y un murmullo de desaprobación y de lástima, que acaba por una silba estrepitosa, le *mete dentro.* Búrlansele los cómicos, derrama en la soledad lágrimas acerbas, enójase su padre; pero el águila del *genio*, que para anidar en su pecho ya le pega aletazos en el corazón, le impulsa hacia adelante.

Pues á recibir otro *meneo* y otra burla, y á pasar el *cerote*, aguantando socarronerías del consueta, zumbas de bastidores y enojos de padre, que es lo que más le apesadumbra. ¡Pero mire usted que es mucho cuento hallarse él cobarde ante aquellos abencerrajes que no salían de la rutina de *pisar las tablas y cortar el verso!* ¿No era él acaso *parte de por medio?* ¡Pues entonces á partir á todos por la mitad, y asunto concluído.

Las influencias paternales le elevan á *sobresaliente*, y gracias á Dios que cae en manos del *racionista* un papelón de traidorazo. ¡Este sí que va á salir bien de gana! Mas ¡ay! que como no tuerce el gesto y el bigote, ni se hace el estrabón, ni pone la cara de renegado pintado de corcho, ni habla como el tinto de Valdepeñas, ¡silba otra vez!

Y otra vez el *cerote* que no le deja dar pie con bola, y siempre la idea que él tiene de ese arte sublimemente naturalista le ata las manos y le traba la lengua.

Y siguen la *X* amenazándole con el aspa, la *Y* clamando al firmamento y la *Z* prometiendo el pescozón y la puntera.

¡Tartajear él, y no decir á veces ni Jesús! Pues vamos á ver si renegando del cristianismo y haciéndose moro una tarde cambiaban las cosas.

¡Que si quieres! Vestido de Tarfe, y sobre un alazán de buena raza, éntrase por el patio de las sillas en el teatro de Toledo; y así que comienza á decir las octavas de *El Triunfo del Ave María*, estalla la tormenta, llueven sobre el infiel corruscos y tomates, espántase la jaca, vuelve grupas, y largando coces y rompiendo bancos emprende la carrera camino de Madrid, acordándose del pesebre y queriendo que en él dé con la cabeza el comediante malaventurado que, vestido de sarraceno, lleva sobre los relucientes lomos.

Entonces Isidoro el cordonero, *cómico de nieve* y *voz de cántaro* piensa en el suicidio. Hasta un torero, *Costillares*, se burla de él, diciéndole cuando trastea el toro: *Oiga osté, señó Miquis: le paese á* VÚ DE MERENGUE que aquí *nos murimos de mentirijiyas como en la trigedia?*

VIII

¡Ah! En su cuarto, sin temor al público, á solas con al alma de los personajes, ¡cómo siente todas las pasiones, todos los movimientos del espíritu! ¡Qué bien modula su ingrata voz, y cómo acierta á demudar frente al espejo, no sólo su semblante, sino su faz entera con el resorte mágico de la *acción!* ¡Y qué convencido está de que así ha de representarse para que *los morenos* se estremezcan olvidando que están en la comedia!

Pero todo aquello para ser aplaudido, debe venir de allende el Pirineo.

Y pidiendo limosna se vá á París. Y al escuchar á Talma, coloso de la escena, encuentra el Nuevo Mundo que, cual nuevo Colón, adivinaba, y lo conquista como Hernán Cortés. Y se levanta con aquel orgullo que es igual á su *genio;* y viendo ante sí la imagen de la Inmortalidad que en el abierto libro de la Historia le señala una página, firma en ella arrogante, como si suscribiese la escritura de primer trágico español para el teatro de la Gloria.

¡Y es fama que al prepararse á escribir su apellido con *i* latina y *s* al final, según lo pronunciaba el tejedor cartagenero, saltaron del *Catón* enfurecidas y envidiosas la *z* y la *y;* dióle aquélla un puntapié á la *s* por usurpadora; hizo la griega saltar á la liliputiense del puntito, y el parte de por medio de la *voz de cántaro*, el moro corrido en Toledo, después del *Isidoro* escribió MAYQUEZ!

La *X* saltó también de la cartilla para acompañarle en su triunfal carrera; ¡pero tropezó con la envidia, cayó á las tablas y recogiéronla los compañeros del sublime artista para poder crucificarle!

ENRIQUE FUNES

NUESTROS GRABADOS

Froufrou, cuadro de Jorge Clairin. – La carrera de este artista francés ha sido sencillísima y por todo extremo afortunada. A poco de entrar en la Escuela de Bellas Artes, enviaba al Salón (1864) su primer cuadro *Carro de heridos*, que llamó extraordinariamente la atención de la crítica; viajó luego por España, Portugal y Marruecos, siendo fruto de su excursión pintorescos lienzos que los aficionados se disputaron; á su regreso á París colaboró con Pils en el decorado de la Opera, y á partir de entonces dedicóse á la pintura decorativa, transformándola, rejuveneciéndola, reemplazando audazmente la mitología y las antiguas alegorías con motivos tomados de la vida moderna. Así pintó los plafones del Edén, gallarda muestra de fantasía, de imaginación y de gracia encantadora. Pero Clairin no sólo cultiva esta rama de la pintura, sino que pinta también cuadros de historia, retratos, caprichos, figurando entre estos últimos *Froufrou* que reproducimos y cuyas infinitas y exquisitas bellezas, superiores á toda ponderación por lo delicadas, por lo difíciles de conseguir y por lo bien dispuestas, aparecen con todo su realce en la magnífica agua fuerte de Koepping. Clairin, joven todavía, se halla en la plenitud de su talento y goza de la estimación de sus colegas y del cariño de cuantos le tratan, pues á su inteligencia privilegiada une un corazón generoso, abierto y una sencillez y modestia poco comunes.

Banquete ofrecido á las sociedades corales catalanas en el gran salón de la Lonja de Palma de Mallorca. – Embarque de los coristas catalanes en el vapor «Bellver,» en el puerto de Palma (de fotografía directa de los Sres. Sellarés hermanos, de Palma). – La colosal obra emprendida por el más genial y popular de nuestros compositores, Anselmo Clavé, ni se desmorona ni decrece. Parece como si al desaparecer el maestro hubiese transmitido á sus compañeros y discípulos la potente savia de su vida, el entusiasmo y el amor á la tierra catalana. Las masas corales que tan perfectamente supo instruir y organizar, han ido cobrando mayor vida y desarrollo, ya que en todas las poblaciones importantes de Cataluña existen sociedades que responden á la idea organizadora de Clavé. Varias de ellas acaban de dar muestra de su pujanza. Formando un total de novecientos coristas, trasladáronse á Palma de Mallorca para tomar activa parte en una fiesta de beneficencia. El más ligero desorden no ha empañado la brillantez de los festejos, ya que los coristas de Clavé, como hijos de una de las regiones más cultas de España, no pueden nunca ser contrarios á las honrosas tradiciones de su país y á las que informan la institución á que pertenecen. Difícil sería describir las muestras de consideración que merecieron de los palmesanos; bastará consignar que aquéllos vieron en los coristas á los descendientes de los que formaron reunidos una misma nacionalidad y hoy cobijan los pliegues de la misma bandera.

Grato recuerdo conservarán las sociedades corales de la obsequiosa galantería de los palmesanos, haciendo por nuestra parte fervientes votos para que igual corriente de simpatía se establezca entre todas las regiones peninsulares.

A la galantería de los inteligentes fotógrafos y grabadores de Palma Sres. Sellarés hermanos debemos las dos vistas que reproducimos, representando el desembarque de los novecientos coristas y el gran salón de la antigua Lonja, en donde se celebró el banquete con que fueron obsequiados.

Salón Parés. – Viuda, cuadro de D. Juan Llimona. – No hay de qué, cuadro de D. Germán Gómez. – La pastorcita, cuadro de D. Alejandro de Riquer. – Vuelta del mercado, En la playa, cuadros de D. Joaquín Pallarés. – Llimona, que había logrado notoriedad en el género especial que cultivaba, rebosando sus lienzos poesía sencilla, modesta, pero genuinamente regional, hase convertido paulatinamente en místico, pero místico inspirado, puesto que sus últimas composiciones deben considerarse como las obras de un maestro. El bonito y sentido lienzo que reproducimos, si bien pertenece á la segunda fase artística de Llimona, recuerda su primera época, en cuyo período distinguíanse sus producciones á modo de olorosas flores en un conjunto de creencias y aspiraciones, en una unión de afectos y sentimientos que constituían su modo de ser y la nota distintiva de su carácter, en el que aun hoy se halla comprendido, amalgamado con su fe de creyente, el amor que consagra á Cataluña, la tierra que le vió nacer, y á los más santos afectos. *Viuda* lleva impreso el sentimiento que rebosa en el corazón de este distinguido pintor, que concibe inspirado por los ideales que más enaltecen al hombre.

Germán Gómez es uno de los pintores que honran á España y á Valencia, confundiendo en una sola las simpatías que siente por el arte y por su ciudad natal. Tan entendido coleccionista como hábil pintor dedica á la arqueología y al arte toda su actividad y el esfuerzo de su inteligencia. Su bonito lienzo *No hay de qué* es un cuadro de costumbres valencianas, que denota, desde luego, aparte de su atinada composición, cualidades de buen colorista en el Sr. Gómez. Cierto es que la brillantez de tonos de los típicos trajes valencianos préstase á formar bellas combinaciones; mas para que el conjunto no resulte inarmónico, precisa acierto y aptitudes para fijar en el lienzo sus vivos colores, y estos escollos, ya que tales son para el artista, los ha vencido el pintor valenciano.

Riquer, que tanto habíase distinguido por sus composiciones decorativas, por sus bellísimos motivos aplicables á las artes suntuarias y por sus notables cuadros de pájaros y flores, puso igual empeño que Graner en demostrar que poseía cualidades y aptitudes para cultivar el género en que otros han adquirido notoriedad. Y preciso es confesar que si tal fué su propósito, realizólo cumplidamente, puesto que todos los lienzos que expuso ha poco revelan hasta dónde alcanza el mérito y la inteligencia de este artista, que aun en esta manifestación logró imprimir algo de su carácter, de su modo de ser, de ese género al que debía su merecido renombre.

Vuelta del mercado y *En la playa* son igualmente dos bellas producciones del pintor Joaquín Pallarés, inteligente profesor de la Escuela de Bellas Artes de Zaragoza y uno de los artistas más discretos de la capital aragonesa. Ha sido merecidamente premiado en varias Exposiciones, siendo una de las últimas recompensas alcanzadas la que obtuvo en la general de Bellas Artes.

La muerte de un santo, cuadro de D. Fernando Cabrera. – La Exposición nacional de 1890 fué el primer palenque artístico á que concurrió Cabrera, y presentóse en él tan pertrechado, que vivo está todavía el recuerdo de su triunfo y la grata impresión que produjo su sentida composición *Los huérfanos*. En ella no podía adivinarse al dibujante correcto ni al hábil colorista, pero sí al hombre que discurre y siente y al artista que traduce su pensamiento de una manera honrada. El pintor no se cuidó del socorrido medio de rebuscar efectos para amontonar falsedades, sino por el contrario, de representar la verdad de manera asombrosa, tanto más, cuando se trata de un artista de pocos años que concurre por primera vez á una Exposición.

Otros dos lienzos remitió á la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, el que reproducimos y el titulado *En el coro*, premiado también y adquirido por el Ayuntamiento para figurar en el Museo municipal. En uno y otro no se nota el menor decaimiento, admírase igual seguridad, la misma pastosidad y fijeza y análogo sentimiento que revela el primer lienzo del joven cuanto distinguido discípulo del inolvidable Plasencia.

Tal es hoy Cabrera, y aun cuando se halla al principio de la senda que debe recorrer, nos ha de ser lícito esperar que en lo porvenir han de avalorarse sus excepcionales aptitudes, que le conducirán á la meta adonde llegan únicamente los escogidos.

Carlos Dickens y «Little Nell.» grupo en bronce de Edwin Elwell. – Figura esta obra escultórica como adorno en la Exposición de Horticultura que actualmente se celebra en Londres, y cuantos allí la han visto no han podido menos que admirar y aplaudir, no sólo el acierto con que está reproducida la figura del ilustre y popular novelista inglés, sino también el sentimiento delicado que inspiró al notable escultor norte americano la idea de colocar junto á aquélla á la *pequeña Nell*, la protagonista de una de sus más interesantes novelas. Tan bella como la composición es la ejecución del grupo, en el que aparecen en hermoso contraste la majestad del genio de Dickens y la humilde actitud de la niña que parece contemplar con admiración y agradecimiento al que le dió vida.

Aprovechando el tiempo, cuadro de D. Luis Graner (Salón Parés), de fotografía de D. Juan Martí. – *Aprovechando el tiempo*, notable estudio de D. Luis Graner, forma parte de la que pudiéramos llamar colección que recientemente expuso este discreto artista en el Salón Parés. Y decimos colección porque todos ellos pertenecen á un mismo género, por cierto completamente distinto del hasta ahora cultivado por Graner. Parece como si hubiese tenido empeño en demostrar que sus aptitudes le permiten reproducir á la naturaleza dentro del mismo concepto y con la gama transpirenaica que distingue á las manifestaciones de la llamada moderna escuela catalana.

Todos los cuadros son acabados estudios, de extraordinaria exactitud, tan perfectamente ajustados, que patentizan la verdad del natural.

Tratándose de Graner, pueden aceptarse como un alarde verdaderamente artístico, puesto que, por fortuna, no precisa demostrar su valía quien posee en su paleta esas admirables notas esencialmente castizas, que recuerdan la buena escuela española.

Los lisonjeros y reputados triunfos que acaba de alcanzar en Berlín, París y Munich demuestran ó justifican la exactitud de nuestras apreciaciones.

El pan nuestro de cada día, cuadro de Dessar. – Las poblaciones de la costa tienen por regla general muy arraigado el sentimiento religioso, sea porque la inmensidad del océano que constantemente se ofrece á su vista les haga pensar en un Creador de tan sublime maravilla, sea porque los peligros á que constantemente se ve expuesto el que ha de ganar su subsistencia dedicándose á la navegación ó á la pesca, le obligan á invocar á menudo el auxilio del cielo para que le ampare en terribles trances. Este sentimiento lo vemos bellamente expresado en el cuadro de Dessar que reproducimos: los habitantes de un pueblecillo marítimo se aperciben para salir á la pesca, y mientras unos dan la última mano á los preparativos y otros se despiden hasta la noche de sus familias, un grupo arrodillado junto al *Calvario* eleva sus oraciones al Señor pidiéndole *El pan nuestro de cada día* é implorando su protección para poder regresar sanos y salvos al lado de los suyos. Es ésta una escena admirablemente sentida, compuesta y ejecutada con gran maestría.

El minué, cuadro de L. Schmutzler. – El baile que de tanto favor gozó entre nuestros abuelos y que con buen acuerdo han tratado de resucitar en distintas ocasiones los salones aristocráticos de nuestros días, ha inspirado multitud de cuadros, algunos de los cuales hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Y, cosa extraña: casi todos los pintores que este asunto han tratado, nos presentan las figuras de sus lienzos animadas por una expresión de regocijo que parece opuesta á la idea de gravedad que del minué tenemos formada. Esta corriente ha seguido también el pintor alemán L. Schmutzler, y por ello debemos felicitarle, ya que merced á esta nota alegre, su pintura, irreprochable desde el punto de vista técnico, produce en el ánimo una impresión dulce y en extremo agradable, tanto que casi nos hace envidiar á nuestros antepasados que hallaban motivo de placer en las más inocentes diversiones, sin perjuicio de buscarlo también en otras menos inofensivas.

Dr. D. Luis Sáenz Peña. – Entre los varios candidatos á la presidencia de la República de Buenos Aires, figura el distinguido patricio cuyo retrato publicamos. Abogado desde 1845, diputado varias veces, presidente de la Suprema Corte de Justicia, vivía retirado de la política desde el año 1880 y ha sido preciso para que abandonara su retraimiento que sus amigos le convencieran de que su nombre podría ser emblema de paz y prosperidad y lazo de unión entre los dos partidos políticos más numerosos. Dentro de pocos días se verificarán las elecciones en aquella república platense, y si el sufragio de sus compatriotas eleva al cargo de primer magistrado al señor Sáenz Peña, recompensarán con ello no sólo su reconocido talento, sino también su ingénita modestia y su acrisolada honradez. En el primer escrutinio hace pocos días verificado, los electores de primer grado le designaron por gran mayoría para la presidencia, de modo que su triunfo puede darse por seguro, y el comercio ha dado ya muestras de la gran confianza que le inspira una candidatura que es prenda cierta de moralidad, mejorando notablemente los cambios.



En Niza dimos un baile en el *Impetuoso*, el buque almirante

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Al principio, con la ligereza propia de mi edad, é impulsado por el deseo más de lo que yo pensaba mientras me reía, me presté con gusto á tomar parte en aquel juego; pero poco á poco, al contemplar el rostro de Magdalena, al ver la seriedad con que tomaba el asunto, comencé á ponerme serio también. Muy pronto me sentí impresionado por el silencio que reinaba á nuestro alrededor, por el fluido que se exhalaba de aquellas lindas manos, suaves y ardorosas, y por aquellos aterciopelados ojos de mirada penetrante. Yo no quería pensar en nada, y sin embargo, parecíame oir distintamente una frase melodiosa en mi cerebro.

Las mejillas pálidas de Magdalena se habían animado gradualmente: unas veces, por efecto de la tensión de los nervios, entreabría los dedos como para abandonar mis manos, y otras las oprimía con más fuerza. En sus labios vagaba una sonrisa tímida y alegre á la vez, y sus largas pestañas se inclinaban á intervalos con un movimiento púdico, como si sus ojos no pudieran resistir mis penetrantes miradas. A través del pañuelo de encaje de Magdalena veía palpitar su seno... y en mi mente se grababa la frase melódica que antes había oído. Temí que pudiera leer en mis ojos, y como para cortar la corriente, tomé de pronto una expresión burlona.

Entonces Magdalena, dando otro giro á la cosa y para no confesar, sin duda, que había adivinado, me dijo:

– No, cambiemos; ahora seré yo quien piense y usted quien tratará de comprender.

¿Habría adivinado verdaderamente, á pesar de mis esfuerzos para que mi fisonomía no hiciera traición á mis pensamientos?

¿No se escapa de la mirada amorosa un fluido que es imposible neutralizar?

Yo hubiera debido abandonar aquellas pequeñas manos tan frágiles y tan fuertes; pero no podía. Hay un instante en que el hierro, demasiado cerca del imán, es atraído por éste.

Contentéme con mostrarme conforme con lo que me proponía, y contemplé más detenidamente aquellos ojos brillantes, cuya limpidez parecía aumentar bajo sus miradas.

Sí, yo hubiera querido conocer también á mi vez el pensamiento impenetrable que se ocultaba tras de la frente de Magdalena, no el pensamiento fugitivo y pasajero, sino aquel que preocupa, que se conserva siempre...

A veces creía sorprenderle; pero de pronto se me escapaba como un fuego fatuo.

En los ojos leía: «Le amo á usted,» y en una sonrisa burlona: «Me divierto y me burlo.»

Muy pronto no me preocupé ya en adivinar, y seguí pensando tenazmente.

– No piense usted, me dijo Magdalena; busque, trate de adivinar lo que pienso yo.

Como antes, aquel juego encantador y peligroso comenzaba á tener para mí algo de serio, de místico y sobrenatural, y otra vez, por más que no quisiera pensar, repetíase en mi mente la misma frase...

Ante aquella niña parecíame estar junto á una pitonisa, ó alguna de esas divinidades egipcias, erótica y religiosa á la vez, que devoraba al curioso cuando trataba de sorprender su secreto.

Las manos de Magdalena permanecían abiertas entre las mías, y sin embargo, teníame en su poder.

Y era que – preciso es confesarlo en estas páginas escritas por mí, en las que descubro mis sentimientos – en mí se despertaba no sé qué de brutal que dormita en el fondo del corazón del hombre, que espantaría á la virgen menos cándida si lo comprendiese, que nosotros mismos tratamos de colorear con la radiación de nuestras palabras y que me hubiera infundido horror si hubiese analizado entonces mis sentimientos como lo hago hoy.

Pero sin duda mis ojos revelaban la turbación de mis pensamientos, pues Magdalena abandonó bruscamente mis manos; ocultó sus hombros, apenas descubiertos, con un movimiento instintivo, y miróme con expresión de asombro, como sorprendida y desconcertada por la expresión de mi semblante.

Entonces, no sabiendo ya lo que hacía y obedeciendo á un impulso irresistible, me incliné, y besándola en la frente, murmuré con tierno acento:

– ¡Magdalena!... ¡Amo á usted!...

Al decir estas palabras me consideraba dichoso: una necesidad del corazón las hizo salir de mis labios; mas apenas pronunciadas, sentí haberlas dejado escapar...

¿Tenía yo derecho de hablar así? ¿No nos separaba todo, nuestras familias y mi próxima marcha?

Magdalena profirió un ligero grito, y ocultando la cabeza en la almohada, comenzó á llorar.

Pero aquel momento de debilidad fué muy pasajero: Magdalena se incorporó casi al punto, apoyándose en un codo, enjugó sus lágrimas, sonrió, y dijo lentamente, como si buscase sus palabras:

– Siento mucho que me haya usted dicho esas palabras hoy, pues no sé por qué, no es así como hubiera querido oirlas; y sin embargo, ahora soy feliz. Yo también le amo, y temo que mucho más formalmente que usted á mí... Berta lo sabe, porque es mi pequeña confidenta y se lo he dicho todo... He jurado que usted ha de ser mi esposo... pero es necesario que tengamos los dos una conversación muy seria... El lunes habrá aquí reunión de confianza; venga usted y hablaremos... Hoy no puedo, porque estoy demasiado conmovida y soy demasiado sentida, aunque apelo á toda mi energía... Por causa de usted me hallo indispuesta, á consecuencia de una conversación en que mi padre me instaba á casarme con mi primo de Branges; mas yo no he pronunciado el nombre de usted. Es preciso que nadie sepa nada, ni los padres de usted, ni el mío, sobre todo, ni tampoco Luis... De mi padre provendrían los mayores obstáculos... Nadie absolutamente, entiéndalo usted bien, ha de saber nada hasta que hayamos hablado... Por otra parte, dudo de usted; necesito una prueba, y quiero también que usted no dude nunca de mí. Tal vez crea que en este momento soy presa de la fiebre, y sin duda no me comprende, porque no me conoce... Ya verá usted el lunes... Yo adivino muchas cosas sin que me sea necesario leer en los ojos. Desde el casamiento de Luisa mi espíritu ha tenido multitud de penosas revelaciones... He oído hablar y he escuchado mucho... Yo quiero ser amada como amo, sin segunda intención;... quiero que aquel á quien yo consagre mi cariño no pueda dudar de él, y que á su vez nada me haga dudar del suyo... ¡En esto, en esto debe consistir la felicidad!... Pero, cuán difícil es conseguirla... ¡Oh! No hablo de los obstáculos que se nos opondrán... Con una voluntad enérgica, y á mí no me falta, se vencen todos; pero hay cosas que no dependen de uno mismo. Así, por ejemplo, yo podría decirme: «¿Quién sabe? Tal vez me ama únicamente porque yo le amo, por un sentimiento que raya en compasión;» ó bien: «Tal vez crea que yo le amo así....» y otras muchas ideas por este estilo. Quizá me crea usted exagerada con exceso, demasiado sentimental... Pues no es así; muy lejos de ello, soy una niña crecida muy formal y muy juiciosa... No sé si debo considerarlo como altivez... altivez en el amor... Pero sé muy bien que se pueden tener estas ideas, sobre todo en mi posición, puesto que yo las tengo, y también que se puede sufrir, toda vez que yo sufro.

Cogí las manos de Magdalena, y besándolas varias veces, repetí:

– Amo á usted, Magdalena, la amo con toda mi alma;... pero tal vez hago mal en decirlo. ¿No nos separan por desgracia mi escasa fortuna y los proyectos de su familia de usted?...

– No, amigo mío, nada nos separa, si usted es dueño de mi voluntad; muy por el contrario, todo nos aproxima; pero le ruego á usted que esté tranquilo... como yo. Vea cuánta es mi calma en este instante... Es que pienso en nuestra felicidad.

Hace un momento, cuando me ha dicho usted por primera vez que me amaba, no he podido menos de llorar... porque estaba casi segura de que yo era quien había provocado esta declaración .. No me interrumpa, pues mi madre llegará de un momento á otro... Permítame decirle lo que me falta... No, segura no, si usted quiere .. lo temía... Sin embargo, más tarde lo sabré. Me había parecido, no obstante que, dadas mis ideas, solamente con usted hubiera podido tener todas las seguridades, porque los dos tendríamos que darnos una gran prueba de amor, desarmando usted á su familia y yo á mi padre. Ya le dije antes que he sabido muchas cosas.

Al escuchar á Magdalena, todo me parecía fácil, y la interrumpí apresuradamente:

– ¡Oh! Lucharé.

– No pronuncie usted esa palabra. Luchar contra los padres sería impío: desarmarlos es ya una crueldad; pero se puede hacer esto último, excitando la compasión; que en nuestro caso no me infunde temor alguno desarmarlos por la constancia, la ternura y la voluntad.

– Los pensamientos de usted, contesté, son los míos, y al escucharla me parece que soy yo quien habla... Pinta usted la felicidad tal como yo la soñé.

– En sociedad, continuó Magdalena, en nuestras reuniones, he debido parecer á usted frívola, indiferente, irrespetuosa para las convenciones establecidas y sin ninguna idea profunda. Ahora imaginará tal vez que soy extraña y apasionada;... extraña, quizás; apasionada, no, porque le amo con reflexión, y esto desde que era niña... Después volví á verle; parecióme que me amaba, y le amé más aún; pero no comencé á creer realmente que era correspondida hasta que las visitas de usted cesaron. Y he comprendido cuán intensa era mi pasión cuando mi padre me habló de casarme con mi primo de Branges.

– Lo mismo me ha pasado á mí, Magdalena... El otro día, después de una conversación con mis padres, fué cuando comprendí que era de usted para siempre.

– ¿Para siempre?... ¿Quién sabe?... Tal vez hagamos mal en contrariar los deseos de nuestros padres... Solamente el tiempo podrá decirnos la verdad, y yo nada haré hasta que tenga una seguridad completa.

– ¿Qué quiere usted decir?

– Ya lo sabrá el lunes, no el próximo, sino el otro. Hasta dicho día, y por más que esto sea muy cruel, no venga usted... Tengo mis razones para ello... No debemos despertar ninguna sospecha... Alguien sube, sin duda mi madre;... ella lo sabe todo y aprueba mi conducta, pero no quiero que en su presencia se diga una palabra... Si usted me ama, tenga confianza en mí y déjese guiar.

Por toda contestación cogí las manos de Magdalena y se las besé repetidas veces. La señora de Nessey llegaba; con ella hablé algún tiempo de la enferma, de teatros, de la futura exposición y de mi próxima marcha, y después me retiré. Dirigíme á mi casa poco menos que corriendo, porque me urgía llegar y estar solo á fin de coordinar mis ideas...

Ya era cosa hecha... Aquel amor latente que yo me había esforzado tanto para ocultarme á mí mismo por un culpable horror á la lucha, habíase declarado al fin, y era preciso aceptar el combate, que deseaba llegase cuanto antes y que al propio tiempo me daba miedo... Aquellas palabras de mi madre: «¡Oh! Pedro no nos causará nunca ningún pesar; no nos hará derramar una lágrima!;» todas mis promesas tácitas, toda mi educación, hacíanme cobarde anticipadamente, como el esclavo que ha sufrido un prolongado yugo.

¿Por qué no habría podido yo callarme algunos días más? Pronto iba á partir y tal vez hubiera olvidado... Sobre todo ella sin duda me habría olvidado á mí... Algunas veces, la maledicencia, las palabras sobre intrigas y comedias despertaban un eco en mi espíritu; pero pronto le adormecía repitiéndome las dulces frases de Magdalena. ¡Qué bien había pintado las dudas que podían acosarme en nuestra situación y las que á ella misma asaltaban! En un alma tan joven, solamente el amor era capaz de semejantes revelaciones...

Por otra parte, ¿no conocía yo los proyectos del Sr. de Nessey con su hermana la señora de Branges? ¿Desde los primeros días después de mi llegada se había hablado de ellos sin ambages ni rodeos delante de mí; y por otra parte, ¿podía yo hacerme ilusiones, dada mi modesta posición? ¡Oh! No; yo era amado, y de ello tenía la mejor prueba en todos estos detalles. Sobre todo, yo amaba, y siendo feliz, importábame poco lo demás. ¡Cuánta era mi alegría! Parecíame que el corazón se me deshacía en el pecho, que el aire era más ligero y que todo se embellecía á mi alrededor.

A bordo sentíame con toda la energía que la profesión del marino impone; mas en tierra era débil, pues faltábame la experiencia del mundo. Magdalena poseía la voluntad que á mí me faltaba, y ella sabría sostenerme y realzarme por ese afecto cuando fuera mi esposa, mostrándose fuerte contra los pesares de la ausencia: era la verdadera mujer del marino, la Penélope valerosa y resignada, guardiana del honor del hogar.

Por un momento, la idea de luchar contra mis padres adormeció mi corazón, pues ellos también me amaban tiernamente. ¿De qué acusaban á Magdalena? ¿De su escasa fortuna? Sin embargo, moderando nuestras inclinaciones, tendríamos lo suficiente para vivir en cualquier puerto de provincia, pues á ella algo le darían en dote en una ú otra forma. Mis padres se harían cargo de ello, y cuando la conociesen mejor, cuando vieran hasta qué punto era firme nuestra resolución y qué razonables y honrosos eran nuestros proyectos, no podrían oponerse á ellos. Se convencerían, y al unirnos nos dirían seguramente: «¡Sed felices!»

¡Vamos, era una locura no haber tenido antes confianza y no dejar que hablase mi corazón! Pero, ¿qué hacer ahora, cuando tan próxima estaba mi marcha? ¿Confesarlo todo á mi padre? Magdalena me lo había prohibido, diciéndome: «Venga usted el lunes, y hasta entonces, por lo menos, ni una sola palabra á nadie.» ¿Cual era su proyecto? Lo ignoraba, pero como tenía confianza en ella, en su firmeza, en su rectitud y en su resolución la obedecería.

Y en adelante, no pensando ya más que en mi amor, tan vago hasta entonces, tan fugitivo, tan lejano, y que poco á poco tomaba cuerpo, parecíame que la felicidad venía á buscarme: tenía las facciones de Magdalena, su sonrisa, sus grandes ojos aterciopelados, que leía en los míos los mismos pensamientos que yo leía en los suyos; labios que sobre los míos aspiraban mi alma, como yo la suya, y que se unían en un prolongado beso de amor.

***

Rada de la Goleta (Túnez), octubre de 1881

Las reuniones del lunes, de carácter puramente íntimo, no son tan alegres como en otro tiempo las del viernes, antes de casarse Luisa; pero tienen más encanto para mí. Hay dos mesas de *whist* para las personas mayores; juego de treinta y una para los jóvenes, cuando los había; á las diez y media servíase el te; después teníamos un poco de música ó de canto, y á media noche todo el mundo se retiraba. Rara vez asistían los jóvenes á estas tertulias, prefiriendo sin duda distracciones más ruidosas, y yo me felicitaba de ello.

El lunes en que Magdalena se proponía hablarme, solamente acudieron dos matrimonios entrados en años: el general Songraix con su esposa, y el señor de Trevoix con la suya; los jóvenes se habían abstenido bajo el pretexto de que comenzaba la cuaresma. Los cuatro visitantes y los Sres. de Nessey formaban el número necesario para ocupar las dos mesas de *whist;* y en cuanto á mí, te-

miendo que se me invitara á ser de la partida, me apresuré á proponer á Magdalena que jugásemos al ajedrez. Aunque mi amiga no era muy fuerte en este juego, pues sólo llevaba tres ó cuatro meses de lecciones de su padre, á mí me agradaba jugar con ella cuando había escasa concurrencia, como aquella noche. Nos colocamos ante una mesita que tenía las dimensiones del tablero, uno frente á otro, lejos de los jugadores de *whist*. Ninguna de las sonrisas de Magdalena ni la expresión de su lindo rostro podían pasar inadvertidas para mí. Sobre todo podía hablar libremente con ella, ó por el contrario, cuando demasiado emocionado temía decir mucho, conservar ese silencio grave que el juego autoriza, contentándome con mirarla, mientras ella meditaba largo tiempo sus jugadas.

Pero ahora ya no había misterio ni reserva entre nosotros desde que se nos habían escapado nuestros secretos.

Magdalena echó alegremente las piezas sobre el tablero, y para saber á quién tocaba la salida, presentóme cerradas sus dos manos, en cada una de las cuales tenía un peón de distinto color. Tan graciosa estaba así, con los labios entreabiertos por una sonrisa, los ojos brillantes y tendidos los dos brazos, que hacían resaltar el contorno de su garganta y subir las mangas más arriba de las muñecas, que tardé algún tiempo en elegir, como si vacilara.

– ¡Vamos, decídase usted!, exclamó, golpeando el suelo con su pie con una gracia infantil. ¡Siempre vacilante!...

Por única respuesta dirigí una mirada á los jugadores de *whist*, que me parecían muy absortos, y cogiendo la mano derecha de Magdalena, estampé en ella un rápido beso.

– ¿Me ama usted siempre?, preguntó á media voz.

– ¡Siempre!

– Pedro me dijo algo conmovida, cuando la partida hubo comenzado, se trata de hablar seriamente... ¿Ha reflexionado usted bien nuestra conversación del otro día?

– ¿En qué podía pensar sino en mi felicidad, en la nuestra?

– Dentro de un mes se marcha usted. ¡Oh, qué cruel separación! Mas no tema: tendré valor, y solamente pensaré en nuestra reunión... Además, esta separación es necesaria...

– ¡Ay de mí, harto lo sé!

– No quiero decir necesaria para la carrera de usted, sino para que nos conozcamos, para que haya mutua confianza... Usted me ha dicho que me amaba... El día de su partida quiero olvidar esta palabra... entiéndalo bien... quiero olvidarla, es decir, que se la devuelvo... Es preciso que no se crea usted comprometido; quiero que nada diga á su familia antes de partir, ni tampoco durante su ausencia, que será de diez y ocho meses. ¿No es así?

– Tal vez un poco menos. Me embarco en la escuadra como alférez de navío, y apenas se me promueva á teniente, lo cual será de aquí á catorce ó quince meses, según espero, desembarcaré. Pero ¿por qué no hablar antes de mi marcha, usted á su padre y yo al mío?

– ¡Qué quiere usted! Es un capricho... Quiero ante todo que usted reflexione bien... y yo igualmente quiero reflexionar.

– Sin embargo, poner manos á la obra desde luego es mucho mejor bajo todos conceptos. Mis padres... dispénseme lo que voy á decir, porque ahora no debo tener para usted el menor pensamiento oculto...

– Tiene usted razón: así debe ser siempre, pues me parece que la felicidad no puede existir si uno presiente un secreto en el corazón del otro. Esto es lo que le dije el otro día.

– Pues bien: mis padres... ya lo sabe usted por sí misma, puesto que felizmente los dos estamos en el mismo caso... dispénseme la palabra egoísta *felizmente*...

– ¡Ya lo creo que se la perdono! Y con tanta más razón, cuanto que en la semejanza de nuestras posiciones he basado yo toda nuestra felicidad.

– Pues bien: mis padres...

Magdalena adivinaba seguramente el pensamiento que tanto me costaba expresar, pero que yo insistía en dar á conocer; y ella también deseaba oirle, porque así tendría más confianza aún en mi lealtad. Por eso esperaba ansiosa mi revelación, y al ver que yo vacilaba, exclamó:

– ¡Dígamelo usted, dígamelo todo!

– Mis padres, repuse, como los de usted y como todos, me han imbuído ideas de ambición demasiado orgullosas... Ya comprenderá que abordo aquí una cuestión muy delicada; pero debo hacerlo á fin de no ocultarle cosa alguna... Por ambiciones orgullosas entiendo la riqueza, pues por lo que hace á nacimiento y posición social, ellos no podrían soñar elección mejor que la mía; pero en el matrimonio, lo que desean para mí sobre todo es la fortuna, imaginándose, á pesar del proverbio, que con ella se obtiene la dicha...

– No, la felicidad no se alcanza con la riqueza, pero ésta sirve para allanar muchas dificultades. La prueba es que no habría ninguna para nosotros si los dos fuésemos ricos.

– Pero tal vez nos amaríamos menos; y las grandes alegrías, las únicas que merecen contarse como tales, provienen del amor.

– Lo creo, lo reconozco, y hasta estoy segura de ello, repuso Magdalena muy conmovida.

Yo creí haber ganado mi causa; pero Magdalena, siempre inflexible, observó al punto:

– A condición de que el amor sea verdadero y profundo... Pues bien, añadió, le ruego que me dé una prueba completa obedeciéndome: no diga usted nada antes de marcharse, y después no me escriba... Usted será libre, y yo también. Yo no le haré ninguna promesa, ni la exigiré de usted tampoco... Si nuestro amor resiste, esto demostrará que era razonable, profundo y verdadero, pues habremos tenido tiempo de reflexionar durante ese largo año. Nuestra primera entrevista, á la vuelta, nos permitirá ver lo que de él queda. Entonces tendremos toda la fuerza necesaria para obrar; obraremos, y venceremos...

Cierto que amaba á Magdalena; y por lo mismo juzgué que sus palabras no eran naturales, pues no podía explicarme sus sentimientos demasiado razonables y quintaesenciados á la vez.. Parecíame todo esto bien calculado, y obedeciendo á mi impulso iba á decírselo; pero casi en el mismo instante una chispa de esa sabiduría convencional enseñada por la sociedad iluminó mi espíritu y mostróme á mis padres tristes, con sus proyectos burlados; y me regocijé, aunque enajenándome contra mí mismo, por aquel aplazamiento de la lucha que yo temía. ¡Tan verdad es que se hace muy difícil escapar de los efectos de una larga educación!

Además, tal vez por uno de esos compromisos de conciencia que acostumbramos á tener, admiraba la energía de Magdalena y convencíame de que tenía razón. Entonces aprecié más aún su carácter; comprendía hasta qué punto sería una esposa enérgica y leal, y la amé más.

Hoy no recuerdo ya lo que le contesté; pero quise todo cuanto ella quiso, y estaba seguro de mí y de ella. Para conquistarla, ninguna prueba ni sacrificio alguno me detendrían; sentía que nuestro amor era uno de esos que ni la ausencia ni el tiempo pueden extinguir, y que necesitaba aquella doble sanción para fortificarnos en la lucha que debía comenzar. Yo no exageraba entonces, como lo hace la juventud, que lo ve todo con cristales de aumento...



Rada de la Goleta, octubre de 1891

...Pasé diez y ocho meses á bordo del *Impetuoso*, en la escuadra de evoluciones. A pesar de la ausencia, de ese tiempo no me quedan sino agradables recuerdos, pues con él aumentaba mi amor; pero un amor tan seguro de sí mismo, tan confiado, tan cierto de ser correspondido, que no sentía impaciencias, porque presagiaba largos años de felicidad. Pareciame realmente que Magdalena era ya mi esposa; que debía resignarme á la separación obligada á que mi carrera me sometería otra vez más tarde; y que encontraría á Magdalena esperándome, siempre buena, cariñosa y fiel. Como no se puede luchar contra lo que se reconoce como imposible, tenía la resignación del deber, y me consolaba de su crueldad, pensando solamente en las alegrías del regreso.

Magdalena me había declarado – y yo lo comprendía bien así – que jamás sería mi esposa sino con pleno consentimiento de sus padres y de los míos. Su energía me inspiraba confianza, y además de esto, tenía ella un auxiliar en su madre y en la debilidad de su padre, que nunca había sabido rehusar nada á las lágrimas. Pero ¿conseguiría yo vencer la resistencia de mi familia? Lo deseaba tanto, y me parecía tan fácil desde lejos, que llegué casi á no dudar de ello. He aquí por qué, confiando en el porvenir y en mi amor, moral y físicamente ocupado, tranquilo y satisfecho mi amor propio, más bien estaba alegre que triste, y se me figuraba que las horas corrían más veloces que en otro tiempo. ¡Qué hermosa y breve parece la vida cuando el corazón rebosa contento! ¡Cómo sabe el amor iluminar y decorar toda la naturaleza!



... presentóme cerradas sus dos manos, en cada una de las cuales tenía un peón de cada color

Por otra parte, ¡qué diferencia entre embarcarse en la escuadra, ó hacerlo en uno de los buques que van á mostrar el pabellón en lejanas tierras y que permanecen dos años en países semibárbaros ó malsanos, donde el carácter se agría y la salud se quebranta! Cierto que en la escuadra hacíamos numerosos ejercicios, interesantes, útiles y fatigosos también; pero tan pronto anclábamos en Tolón como en Hyeres, ó en el golfo Juan, en Villafranca, á lo largo de ese litoral del Mediterráneo, donde reina una primavera eterna y donde las distracciones venían á buscarnos. En Niza, á cuyas aguas llegamos el invierno siguiente, durante el carnaval dimos un baile en el *Impetuoso*, el buque almirante, y esto nos abrió las puertas de todos los salones. No había fiesta ni partida de campo ni la menor excursión á que no se nos invitase. ¡Cuántas mujeres jóvenes y hermosas vi entonces, todas ansiosas de placeres y galanteos, en el Círculo Massena, en casa de la duquesa de Dauffremont y en las amables colonias rusas y americanas! Al ver el ardimiento con que me entregaba al baile y mi amabilidad con todas las damas, ninguna habría sospechado que se encerraba en mí un amor tan poderoso. Sí, poderoso, pues pensaba algunas veces que lo mejor sería olvidar, que Magdalena había sido muy razonable al dejarme mi libertad, que ningún lazo nos ligaba, que ella se casaría con su primo de Branges y yo... quién sabe con quién; que nuestros padres quedarían satisfechos, y que las cosas de este mundo no dejarían por eso de seguir la misma marcha. Pero por más que me hiciera estas reflexiones, siempre era Magdalena la que yo buscaba en medio de aquella multitud; y por la noche, rendido y pensando un poco en los demás, siempre ella era la que se aparecía en mis ensueños.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS CONTADORES HORO-KILOMÉTRICOS PARA COCHES DE PUNTO

En vista de las dificultades que suscitaba la industria de los coches de punto, el Consejo municipal de París se ha ocupado recientemente de la reforma de las tarifas y de la aplicación de los contadores, y una comisión técnica de contadores nombrada por la Prefectura de policía del Sena aprobó el reglamento correspondiente, cuyas disposiciones están justificadas por las consideraciones generales consignadas en el dictamen de la subcomisión, y tienden á defender los intereses del viajero, del cochero y del dueño de los carruajes, que, á juicio de la misma, sólo puede satisfacer el contador horario y kilométrico con registrador, pues aun cuando también se preste á las astucias del cochero para alargar indebidamente una carrera y por ende para hacer pagar más de lo justo, como el trabajo realizado por el coche quedará debidamente registrado, será mucho más fácil atender á las reclamaciones que se formulen.

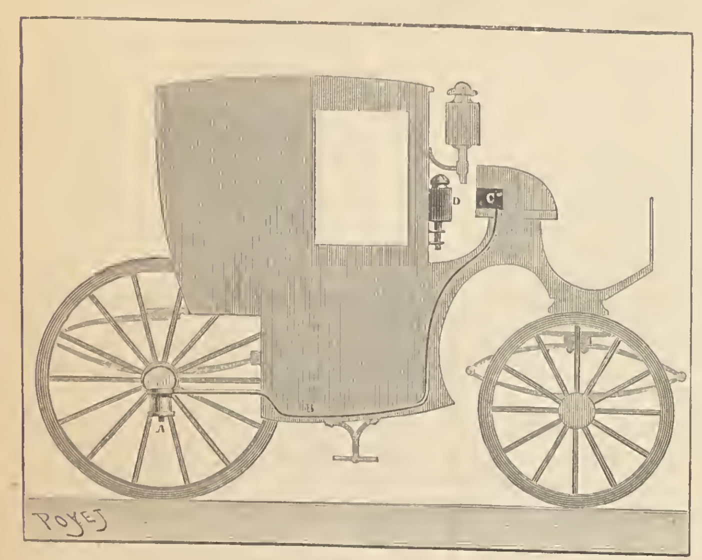


Fig. 1. Disposición del contador en un coche de punto. - C. Contador. - A. Sistema de transmisión del movimiento de la rueda al contador. - B. Transmisión. - D. Farol que ilumina el contador.

He aquí en resumen las condiciones que habrán de reunir los contadores:

Deberán indicar á cada momento al viajero de una manera clara y uniforme el número de kilómetros recorridos, la hora de París y el precio á pagar, según las tarifas aprobadas. El precio progresará durante la carrera según la distancia, no según la velocidad; en los altos correrá como si el coche anduviese á razón de 8 kilómetros por hora, lo propio que en la marcha lenta exigida por el viajero; el precio aumentará por fracciones iguales, y comenzada una de éstas deberá ser pagado por entero.

Los contadores habrán de presentar un aspecto exterior uniforme para que el público no tenga que acostumbrarse á leer en distintos aparatos, y estarán colocados en el asiento del cochero de cara al viajero y alumbrados por un farol. Las indicaciones para el viajero serán muy visibles para que puedan ser leídas, así de día como de noche, y se destacarán perfectamente en cifras de un centímetro por lo menos de altura en casillas con inscripciones muy claras, escritas con letras de igual tamaño que los números.

A fin de evitar toda disputa, las indicaciones cambiarán por movimiento de salto desde que comience una nueva fracción de longitud ó de precio. La cara del contador que mire al viajero no dará más que las siguientes indicaciones: 1.ª, la hora de París; 2.ª, en una primera casilla la suma que haya de pagarse en francos y céntimos, progresando por fracciones iguales al precio del kilómetro; 3.ª, en una segunda casilla el número de kilómetros y fracciones de kilómetro realmente recorridos desde que se alquiló el coche; 4.ª, en una casilla especial el estado del contador, *Alquilado*, *Libre*, *Al paso*. Un timbre señalará á la atención del viajero la aparición de estas señales.

Una palanca á la disposición del cochero indicará por medio de un cartel muy visible que el coche está desalquilado y pondrá en marcha el contador en una segunda posición, haciendo desaparecer la señal *Libre*. En la posición *Libre* esta palanca pondrá y mantendrá, al precio del primer kilómetro, el que haya de pagar el viajero y colocará y conservará en o el número de kilómetros y fracciones de kilómetro recorridos y al propio tiempo hará completar en el sistema de ruedas los períodos empezados y pagados que corresponden al dueño del carruaje y que no ha de pagar el nuevo viajero.

Antes de poner el aparato á o y de que se borre el precio que ha de pagar el viajero, la palanca se detendrá en una muesca para evitar que siga corriendo el precio mientras se verifica el pago, hecho el cual el cochero pondrá el aparato á o y colocará la indicación de *Libre*.

Fuera de estas maniobras y de la que habrá de efectuar el mismo cochero cuando le exijan que marche al paso, el aparato habrá de funcionar automáticamente.

El contador deberá registrar de una manera perfectamente distinta en un disco, tira ó cilindro horario que se cambiará cada día: 1.°, los kilómetros realmente recorridos y las maniobras sucesivas de la palanca movida por el cochero; 2.° los períodos en que el coche ha estado ocupado; 3.°, los períodos de marcha del carruaje. Estas dos últimas indicaciones se producirán sin ninguna intervención del cochero, la primera por la sola presencia del viajero y la segunda por el movimiento de un estilete.

El contador deberá indicar en una casilla especial para el dueño del carruaje el total del ingreso diario que arroje el contador, además de los productos especiales por equipajes, viajeros suplementarios, indemnizaciones por retorno, sobretasas de noche y de extrarradio y por otra parte el total de los kilómetros recorridos antes de retirarse á la cuadra.

En apoyo de estos datos que presentan la cuestión desde el punto de vista general, reproducimos el aspecto de un coche cerrado, de dos asientos (fig. 1), provisto de todos los órganos adicionales necesarios para la instalación del contador horo-kilométrico: sistema de transmisión A, indicación del *Libre* ó *Alquilado*, contador propiamente dicho C, instalado debajo del asiento, y farol D, que ilumina el aparato durante la noche.

La fig. 2 representa á un viajero consultando el contador antes de pagar al cochero.

En el próximo número examinaremos una de las primeras soluciones aplicada en algunos coches de la compañía parisiense *L' esperance*, debida á monsieur Santenard con el hábil concurso de M. Lepante.

(Continuará)

X., *ingeniero*

(De *La Nature*)

***

TELEGRAFÍA ELÉCTRICA SIN ALAMBRE

Aunque el alambre conductor parece ser elemento indispensable en la fotografía eléctrica, sábese desde hace mucho tiempo que las corrientes pueden transmitirse de un alambre á otro al través de medios dioléctricos. Así por ejemplo si se toman dos planchas metálicas colocadas una enfrente de otra y se carga con electricidad una de ellas dejando á la otra en comunicación con la tierra, ésta absorbe inmediatamente de la tierra la electricidad contraria y en el momento en que la primera experimenta un cambio en su estado eléctrico prodúcese una corriente en el alambre conductor que une la segunda con el suelo. A este fenómeno se le llama influencia.

Este hecho es indudablemente el principio fundamental de un nuevo invento de Tomás Alba Edisson. La memoria en que ha solicitado la patente por su «telégrafo sin alambre» es algo confusa; pero el principio en que se funda aparece bastante claro para que, con los respectivos grabados, podamos dar una idea de él á nuestros lectores.

Las dos estaciones que quieren comunicarse están provistas de dos sencillos aparatos (fig. 1): una batería *b* se cierra por medio de un alambre y del carrete primario de un transformador ó aparato de inducción; en ese alambre hay una tecla H, que al ser oprimida interrumpe la conducción, y en cuanto esto ocurre, la corriente se ve obligada á pasar por otro conductor en el cual hay dispuesto un interruptor de corriente G, que puede funcionar independientemente ó por medio de un motor mecánico.

Mientras la tecla permanece inmóvil, una corriente regular circula por la espiral primaria del transformador, no produciéndose, por ende, corriente alguna en el carrete secundario F; pero si se oprime dicha tecla, circula por el carrete primario una corriente alternativa que produce las correspondientes corrientes de inducción en el carrete secundario. Los extremos del alambre de éste no están unidos, sino que el uno termina en una lámina en comunicación con la

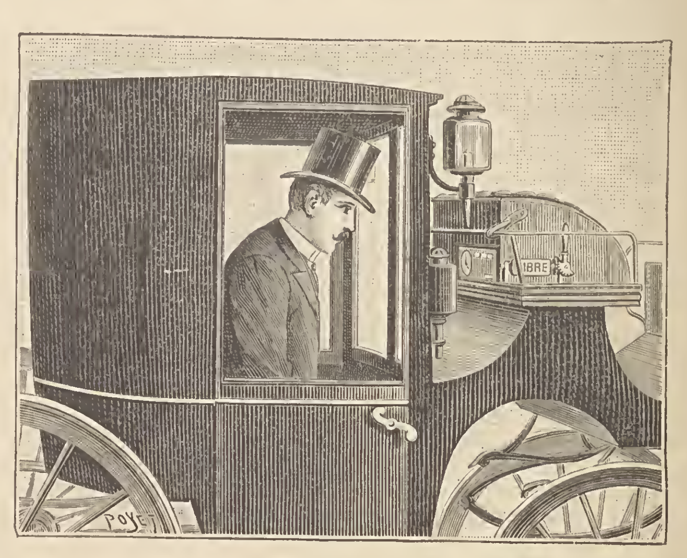


Fig. 2. Lectura en el contador por el viajero

tierra E y el otro en una plancha de metal C de mayor superficie colocada en la estación. En un punto cualquiera entre aquella lámina y esta plancha hay el teléfono receptor D. En cuanto en la estación transmisora se oprime la tecla, en la plancha C se producen estados eléctricos alternos que rápidamente se suceden, porque á cada interrupción de corriente en la corriente principal dicha plancha recibe cargas alternativamente contrarias. Estos estados influyen en la plancha metálica de la estación receptora por cuyo carrete secundario circulan, á consecuencia de ello, corrientes alternativas cuyos golpes se dejan oir en el teléfono con un ruido continuo que dura mientras permanece oprimida la tecla en la estación transmirora. De este modo se hace posible una inteligencia entre ambas estaciones, á condición de que la plancha aérea de la estación transmisora pueda dejar sentir su influencia sobre la plancha igual de la otra estación.

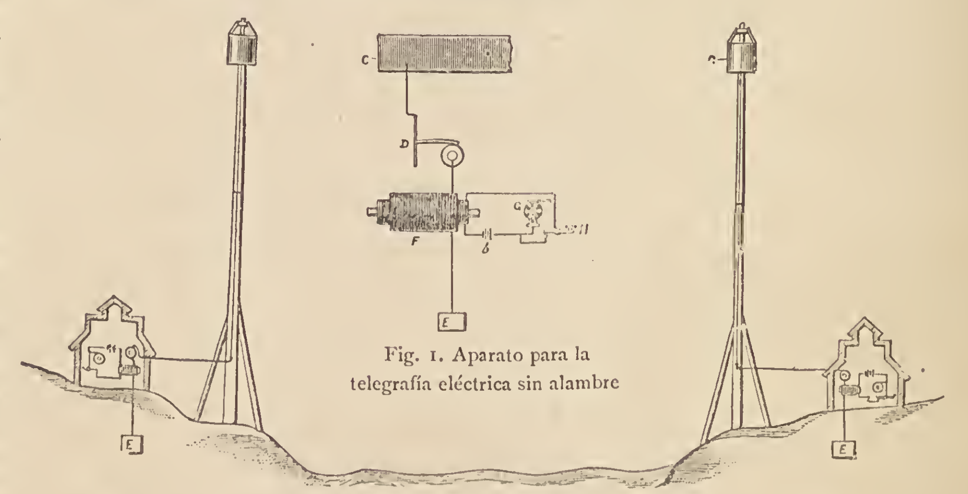


Fig. 1. Aparato para la telegrafía eléctrica sin alambre

Fig. 2. Representación esquemática de dos estaciones de telegrafía eléctrica sin alambre

A pesar de que esta telegrafía sólo sea aplicable para ciertas distancias, Edisson habla de comunicaciones sin cables entre tierras separadas por lagos y aun por el mismo mar. La figura 2 representa las instalaciones á este efecto proyectadas: las dos esta-

ciones están representadas por las casas, junto á las cuales se alzan los mástiles que sostienen las planchas C, que aquí tienen la forma de campana. La figura 3 representa la comunicación entre dos buques: en ésta las planchas en comunicación con la tierra son sustituídas por planchas metálicas colocadas en el suelo de los buques y las planchas colectoras están tendidas entre los mástiles y consisten en una tira de tela de algodón cubierta de una delgada lámina metálica.

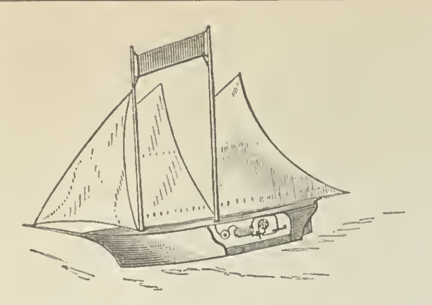



Fig. 3. Representación esquemática de comunicación telegráfica sin alambre entre dos buques

La ventaja que esta telegrafía tiene sobre la óptica, hoy caída en desuso, es que puede utilizarse de noche y en tiempo de niebla, y precisamente por esto puede tener gran importancia para la navegación, pues cuando hay niebla no se distinguen los faros, y en cuanto á las sirenas y á los cañonazos muchas veces el ruido de las embravecidas olas impiden oirlos. Para estos casos sería de gran importancia la aplicación de este invento, pues las ondas eléctricas atraviesan la tempestad, la niebla y la obscuridad, y el teléfono, colocado en un sitio del buque adonde no llegue el menor ruido del exterior, deja oir sonidos acompasados, pudiendo el capitán saber el punto de la costa frente al cual se encuentra por la duración de las pausas y la intensidad de los sonidos, que corresponde exactamente al número de interupciones de la corriente primaria en la estación transmisora. Para conseguir esto no se necesita en el barco más que un conductor de alambre en el cual haya un teléfono y de cuyos extremos el uno vaya á parar á una cesta metálica y el otro á las placas metálicas aisladas.

(Del *Prometheus*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

CAPULLOS Y BESOS, poesías originales de *Francisco Gras y Elías*. – El largo catálogo de las obras de este distinguido poeta se ha aumentado con la colección de bellísimas poesías que ha poco dió á la estampa con el título de *Capullos y besos*, que se vende al precio de una peseta en las principales librerías.

LA ALCALDESA, *por B. Morales San Martín*. – En castizo estilo desarrolla el distinguido publicista Sr. San Martín en esta novela una narración dramática, casi mejor diríamos trágica, que se lee con verdadero interés.

Véndese al precio de una peseta en las principales librerías.

D. FRANCISCO JOSÉ ORELLANA, LITERATO Y ECONOMISTA. – Con este título se han publicado formando un elegante tomo los dos discursos que se leyeron en la sesión necrológica que el Fomento del Trabajo Nacional dedicó á la memoria de tan esclarecido patricio, que á sus brillantes dotes de escritor y de poeta unió excepcionales condiciones de pensador profundo y sabio economista. Tanto el discurso de D. Federico Rahola (Francisco José Orellana: su vida y obras literarias) como el de D. Pedro Estasén (Bosquejo biográfico del esclarecido economista Francisco José Orellana) son dignos del hombre á quien están consagrados: abundantes en datos de verdadero interés, nutridos de doctrina, exuberantes de sentimiento, están escritos ambos trabajos con elevado espíritu crítico y en estilo castizo y elegante. El señor Rahola estudia más al literato, el Sr. Estasén al economista, cada uno siguiendo las predilecciones de su propio talento, y de esta suerte, completándose el uno al otro, muestran estos dos discursos en todo su relieve la noble figura del ardiente defensor de la producción nacional é ilustrado adalid de las aspiraciones proteccionistas de Cataluña.



DR. D. LUIS SÁENZ PEÑA, candidato á la presidencia de la República de Buenos Aires

CARLOTA PALMIERI, *por Félix Puig y Cárdenas*. – Constituye esta novela el segundo episodio de la obra *Amores en la Habana*, de la que nos ocupamos en esta misma sección cuando apareció el primero, titulado *Angela*. Las mismas relevantes cualidades que entonces reconocimos en el Sr. Puig y Cárdenas aparecen confirmadas en *Carlota Palmieri*, narración de gran interés, que apartándose de las corrientes hoy en día imperantes, concede importancia capital á la trama, sin desdeñar por ello el elemento psicológico, que suele prevalecer en la novela contemporánea.

Esta obra, que forma parte de la «Biblioteca selecta habanera,» véndese en la casa editorial de D. Manuel de Armas y Sánchez, Calzada del Monte, número 366, Habana.

POESÍAS CATALANAS, *de don Víctor Balaguer*. - El distinguido vate catalán Excmo. Sr. don Víctor Balaguer acaba de publicar, reunidas en dos volumenes, sus composiciones poéticas, acompañadas de sus traducciones en francés, castellano é italiano. Al cultivo de la poesía debe Balaguer el merecido renombre que disfruta. De ahí que consideramos esta última obra como la más rica é importante entre las suyas tan numerosas.

Como poeta sentido y enérgico, ninguno ha llegado, en el cuadro que nos ofrece la moderna literatura catalana, al grado que ha alcanzado Balaguer. Por eso sus obras están destinadas á pasar á la posteridad.

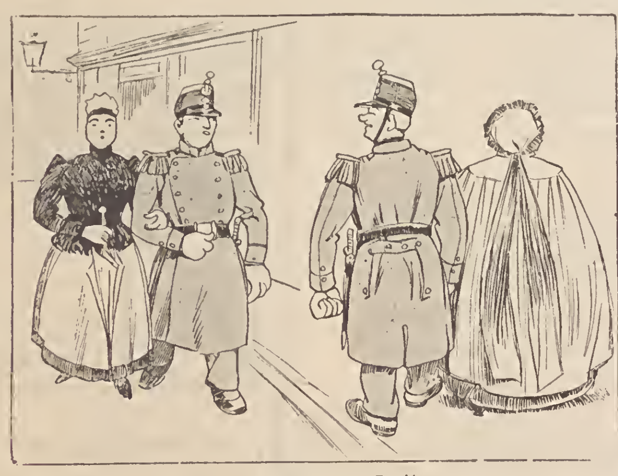
El producto de la venta de estos volúmenes, al igual de el de todas las demás obras del Sr. Balaguer, se destina íntegro al fomento del Museo Biblioteca de su nombre, tan generosamente donado á Villanueva y Geltrú.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1892 — NÚM. 547

UN ASUNTO INTERESANTE



—¡Buenos dias, José!
—¡A Dios paisano!



—¡Ah, José! Se me olvidaba; escucha dos palabras

ESCOFET, FORTUNY Y C.ª

BARCELONA.—RONDA DE SAN PEDRO, 8

CASA EN MADRID

Fábrica la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo ménos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otra de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

MOSAICOS HIDRÁULICOS



Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

Dirección telegráfica para Barcelona y Madrid.—FORTESCO.

MI RELOJ Y OTROS RELOJES

UNA tarde del verano pasado, tenía varias cosas que escribir en casa.

El tiempo estaba muy caluroso, y me quité la levita y el chaleco. Mi nuevo reloj de oro (por el cual había pagado 30 libras) le coloqué delante de mí sobre la mesa. donde pudiera tenerlo á la vista. Hasta aquí todo iba bien. Seguí escribiendo acumulándose los papeles sobre la mesa, cubriendo uno de ellos mi reloj. Al ir á coger algo que necesitaba, mi brazo lo arrastró al suelo accidentalmente. ¡Oh cielos, que mala sombra! Lo recogí cuidadosamente como quien levanta una criatura que ha tenido una mala caída. ¿Andaba todavía? Sí, débilmente; pero al ponerlo junto á mi oído dió unos cuantos compases despacio y débilmente, parándose entonces y quedando mi reloj sin vida.

Un minuto antes era una cosa vital...; ahora, meramente un cúmulo de ruedas inmóviles, encerradas en una caja. ¿Qué se había roto? No lo sabía. El relojero lo tendría que componer y devolvérmelo con la cuenta. Esto conseguí por mi estúpido descuido.

Sin embargo, nadie es tan pobre que no lleve un reloj de mucho más valor que aquél; uno que puede andar muchos años sin darle cuerda. Pero cuando para, ¡ah! entonces, ¿quién es el que puede ponerlo en marcha otra vez?

Hablando sobre el que él posee, dice así Mr. Geo. W. Burton, habitante en Kirton Home, Boston (Inglaterra): «Mi corazón palpitaba en forma que llegaba á alarmarme. Algunas veces tan mal, que hasta me parecía oir cesar su movimiento."

¿Qué le pasaba al corazón de Mr. Burton?

Tal vez su carta nos ayudará á averiguarlo. Dice así: «En octubre de 1877 empecé á sentirme molesto y lánguido. Tenía mal gusto de boca, y por las mañanas encontraba mis dientes y encías cubiertos con una espesa y sangrienta capa de sarro. Mi apetito desapareció y experimentaba gran dolor en el pecho y estómago después de las comidas. No obstante, experimentaba siempre casi una lo cura por el alimento, pero no me atrevía á tomarlo en forma sólida. Algunas veces parecía que mi cabeza iba á estallar de tanot dolor, y tan mareado me encontraba que apenas si veía. Poco después apareció una tos, y escupía grandes cantidades de flema. Más tarde mi respiración se tornó mala, y me atacaban sudores fríos. Seguí debilitándome hasta que lo único que podía hacer era moverme algo de un lado á otro, continuando en esta condición por cuatro años. En este tiempo consulté médicos y usé cuantas medicinas llegaron á mi conocimiento, pero nada me alivió.»

Ahora recapacitemos un poco: Mr. Burton dice que su corazón se agitaba y palpitaba; que tenía una tos punzante y dificultad al respirar. Tres cosas terribles, de cualquiera de las cuales puede uno morir fácilmente como sabe todo el mundo. No obstante se restableció de las tres... y todas al mismo tiempo. Dice así: «En febrero de 1891 oí lo que había hecho en casos semejantes el *Jarabe curativo de la Madre Seigel* y me determiné á probarlo, obteniendo una botella de los Sres. Grimble y Kent, farmacéuticos en Boston. Las primeras dosis me proporcionaron alivio, y como lo continuase tomando, llegué á curarme por completo en corto tiempo. Hago mención de esto para que otros que padezcan esta enfermedad sepan dónde encontrar el remedio.

(Firmado) GEO. W. BURTON.»

Celebramos que recobrase la salud; pero después de todo, ¿qué es lo que le aquejaba? Tenía tres enfermedades, es decir: consunción, asma y afección al corazón. Y si fuese así, ¿cómo pudo el *Jarabe curativo de la Madre Seigel* haber curado las tres afectando cada uno órganos distintos? La contestación es esta. No tenía más que una sola enfermedad, indigestión y dispepsia, de la que el débil corazón, la irritada garganta y los agobiados pulmones delataban los síntomas. La sangre envenenada, llena de mortíferos ácidos del estómago, había medio paralizado los nervios y desordenado así la acción del corazón; igualmente había infectado las delicadas membranas que forran los pulmones y pasajes conductores de aire, produciendo asma y la tos que parecía amenazar consunción. Una enfermedad y muchos síntomas engañadores (esa es la verdad), que desviaban á los médicos y hacían creer al paciente aterrorizado que no había ya esperanza para él.

Cuando el reloj de la vida se para, ningún poder humano puede darle cuerda otra vez; pero el caso del Sr. Burton y miles otros, prueban que con frecuencia pueden pasar más años de lo que uno cree antes que la maquinaria quede sin movimiento.

Al dirigirse el lector á los Sres. A. J. White, Ld., de la calle de Caspe número 155, Barcelona, tendrán estos señores mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El *Jarabe curativo de la Madre Seigel* está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.



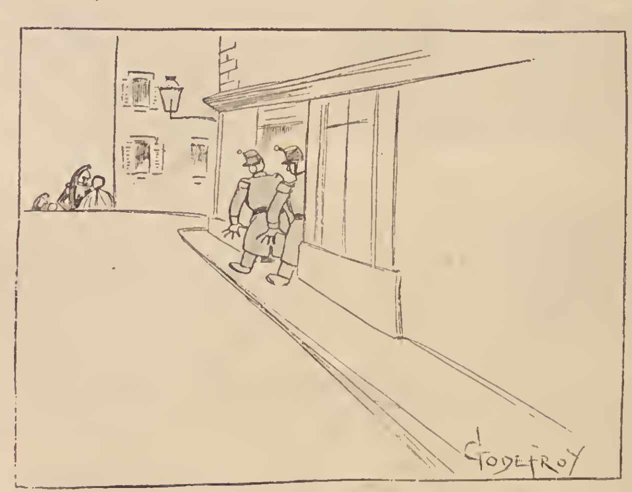
¿Sabes que el tío Lucas quiere vender su prado?



. . . .



¡De infantería? ¡Bah! Los que quieren de verdad son los coraceros



Y los de á pie, cuando terminado el asunto salen á la calle para reunirse con sus novias, se quedan con un palmo de narices, viendo que la caballería les ha arrebatado el botín

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN